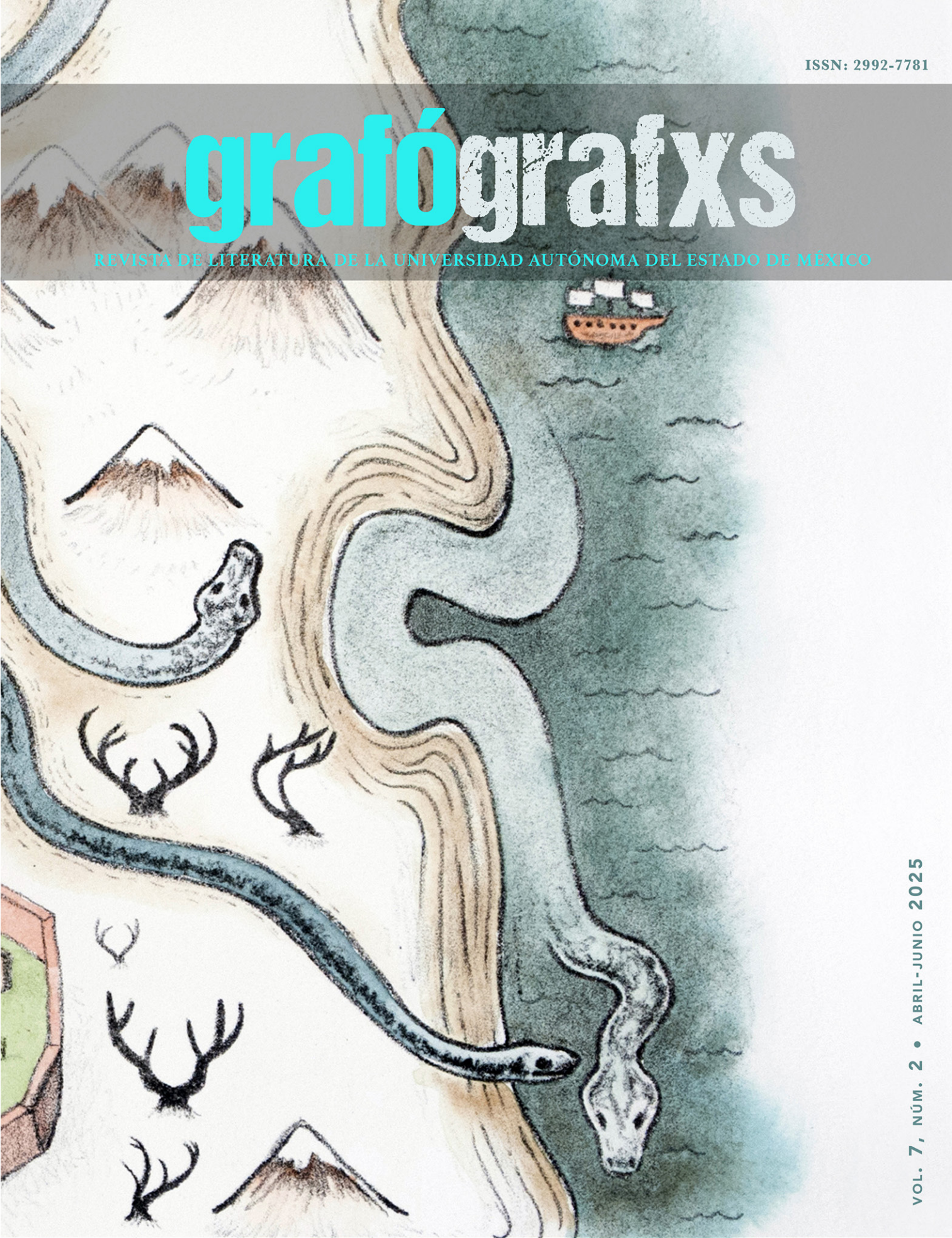


grafógrafixs

REVISTA DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO





las poetas de

Entrevistas exclusivas

grafógrafxs

en nuestro canal de
YouTube:
Grafógrafxs UAEM

¿Cómo publicar en *Grafógrafxs*?

- *Grafógrafxs* es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, cuyo objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas para fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior. La periodicidad de la revista es trimestral. Esta publicación universitaria no tiene carácter lucrativo, por lo que no efectúa remuneraciones ni cobros a sus colaboradores.
- La convocatoria de la revista es permanente. Se recibirán propuestas de publicación de autores de cualquier edad y nacionalidad. Además, se solicitarán colaboraciones a los autores que determine el Comité Editorial o el director de la revista.
- Derivado de donaciones de libros por parte de casas editoriales a *Grafógrafxs*, esta publicación entrega a alumnos de la UAEM un libro a cambio de la elaboración de la reseña respectiva. Estas reseñas se publicarán en la sección “Reseñas” de la revista.
- Tanto las propuestas de publicación como las colaboraciones solicitadas deben enviarse a grafografxs@uaemex.mx en archivo de Word, con letra Arial a 12 puntos e interlínea de 1.5.
- *Grafógrafxs* efectuará una lectura de pertinencia de las propuestas de publicación. Si se determina que la obra será publicada, el equipo editorial de la revista enviará un correo electrónico al autor en un plazo no mayor de 15 días hábiles (contados a partir del acuse de recibo de la propuesta), en el que se adjuntará el instrumento jurídico correspondiente (cesión de derechos); este deberá remitirse a la revista una vez firmado.
- La revista someterá todos los textos por publicar a un proceso de edición y corrección de estilo.
- Las propuestas aceptadas se publicarán conforme al orden de llegada y la disponibilidad de espacio en el número correspondiente.
- Las propuestas de publicación, las reseñas y las colaboraciones solicitadas deben ir acompañadas de una breve ficha de identificación, en la que se especificará lo siguiente: nombre, lugar y fecha de nacimiento, estudios y, en su caso, lugar de trabajo, premios y los tres libros publicados más recientes.

Ejemplo:

CLAUDIA L. GUTIÉRREZ PIÑA (Toluca, México, 1980). Es Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México, autora de *Las variaciones de la escritura. Una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo* (2016) y coordinadora de los libros *Salvador Elizondo: ida y vuelta. Estudios críticos* (2016) y *Mujeres mexicanas en la escritura* (2017). En 2013, obtuvo el premio a la mejor tesis de doctorado en el área de Humanidades otorgado por la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 2015.

- En las reseñas se deberá incluir, además, la ficha bibliográfica del libro de referencia, la cual contendrá los siguientes datos: autor, título, ISBN, editorial, fecha de publicación y número de páginas.

Ejemplo:

Dora Moro,
Geodón,
ISBN: 9-47-8490-607-978, México
Ediciones Luzzeta,
41 .2018 pp.

- La extensión máxima recomendada para las propuestas de publicación y colaboraciones solicitadas es la siguiente: 12 cuartillas en el caso de cuentos, crónicas y ensayos literarios, y dos cuartillas para reseñas. Se aceptará un máximo de cinco poemas por autor.
- Respecto a los ensayos literarios, se sugiere incluir un máximo de cinco fuentes. Las referencias bibliográficas se deben ajustar al estilo de citas Harvard tanto dentro del texto como al final de este.

Ejemplos:

Dentro del texto:

(Gutiérrez, 2016: 69)

Al final del texto:

Gutiérrez Piña, Claudia Liliana (2016), *Las variaciones de la escritura: una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma del Estado de México.

Rosas Montalvo, Álvaro (2011), “Tres sonetos”, *La Colmena*, núm. 72, pp. 91-92.



Universidad Autónoma del Estado de México

RECTOR

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

SECRETARIO DE DOCENCIA

José Raymundo Marcial Romero

Doctor en Ciencias Computacionales

SECRETARIO DE RECTORÍA

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Doctor en Ciencias de la Educación

SECRETARIA DE DIFUSIÓN CULTURAL

María de las Mercedes Portilla Luja

Doctora en Humanidades

DIRECTORA GENERAL DE COMUNICACIÓN UNIVERSITARIA

Ginarely Valencia Alcántara

Licenciada en Comunicación

DIRECTOR DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Doctor en Administración

Grafógrafxs, volumen 7, número 2, abril-junio de 2025, es una publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tel. + 52 722 481 18 00, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: 2992-7781, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre que no se modifique y se cite la fuente completa.

grafógrafxs

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑO

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

CORRECCIÓN DE ESTILO

Francesca Medina Lagunas

Javier González Núñez

COMITÉ EDITORIAL

Carmen Álvarez Lobato

Yanko González

Reynaldo Jiménez

Josely Vianna Baptista

Mónica Nepote

León Plascencia Ñol

Alberto Chimal

Cristina Rivera Garza

Ana Porrúa

Ángel Ortuño †

Julián Herbert

CONSEJO CONSULTIVO

Claudia Gutiérrez Piña

Maricela Guerrero

Carlos Maldonado

Efraín Velasco

Carlos Vicente Castro

Luis Eduardo García

Juana Adcock

Rodrigo Quijano

Cristian De Nápoli

César Panza †

Xitlalitl Rodríguez Mendoza

CONTENIDO

- | | | | |
|----|--|----|--|
| 5 | EL MATADERO
Miguel García Ramírez | 47 | CRÓNICA DE UNA CAMINATA NOCTURNA
Karla Gasca |
| 9 | OTREDAD
Sohulii | 52 | CINCO POEMAS DEL LIBRO <i>LENSI LUSIKKA SUUSSA</i> (VOLÓ CON UNA CUCHARA EN LA BOCA)
Elsye Suquilanda |
| 17 | FORMAS DE LLEGAR A TOMBUCTÚ
Samantha Esther Escalante | 57 | CAMINAR
Ismene Venegas |
| 29 | POEMAS DEL LIBRO <i>LONGE E SAL</i>
Flora Nakazone | 67 | DOS POEMAS
Pablo Piceno |
| 32 | POSFACIO DEL LIBRO <i>LONGE E SAL</i>
Raquel Gaio | 76 | LIBROS Y LECTURAS
Agustín Guambo |
| 34 | MI GENERACIÓN
Sofía Garnica Esteva | 80 | LIBROS Y LECTURAS
Karla Gasca |
| 42 | ASÍ SE BAILA LA CUMBIA
Karla Gasca | | |

Ilustración en portada y contraportada:

Hydra. Litografía con intervenciones en acuarela, 40 cm x 30 cm. Kena Kitchengs.

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*

Me creció una casa
Anaclara Muro

grafógrafxs es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, la cual aparece en enero, abril, julio y octubre. Su objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas, y entender la escritura como un territorio intercambiable entre lectores y escritores. *Grafógrafxs* está dirigida a la comunidad universitaria y al público en general. Esta publicación universitaria tiene el propósito de fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior, por lo que no tiene carácter lucrativo.

El Matadero*

Miguel García Ramírez

Siempre me hacen las mismas pinches preguntas: «¿Cómo fue que la perdiste? ¿Te dolió mucho? ¿La extrañas?». Esa última me la acabo de inventar para hacerlo más emocionante; sería una buena, no sabría qué responder y, en una de esas, con el pulque bien metido en las entrañas, me pondría a chillar como un niño que se acaba de raspar las rodillas. Ni siquiera lo recuerdo muy bien que digamos.

Era por ahí de diciembre o enero, temporada de suicidios, cuando perdí la mano izquierda. Trabajaba en una fábrica de tornillos. Mi padre —antes de morir por causas naturales, si es que a encontrar su cuerpo apedreado a las orillas de un río se le puede llamar causas naturales, pero eso dijeron los federales— me recomendó con el dueño de la chingada fábrica esa, un viejo canoso y mamón; era gringo y su esposa también, pero sus amantes eran mexicanas, así como su reguero de hijos e hijas que fue dejando por el pueblo. Con el tiempo fueron tantos que cada que nacía un bebé güero, blanco como la leche, y como no había manera de disimular el asunto, pues nada más se veía a las mujeres saliendo del sanatorio, temblando de frío y con su bebecito pálido entre los brazos. Después una camioneta negra las levantaba y las iba a botar a no sé dónde. Total que el pinche viejo era el dueño de la

* Cuento ganador del primer lugar del concurso «Diles que no me maten», organizado por *Grafógrafxs*.

fábrica, y en ese entonces uno no hallaba mejor trabajo que ahí, en el Matadero, porque así le decían en el pueblo, dizque porque quien entraba allí ya no salía.

«Es mejor morir de hambre acá afuera que morir trabajando allá dentro», decían todos los del rumbo, pero el hambre es quien es, es maciza y dolorosa, raspa con unas uñas afiladas y larguísimas, raspa como el tequila en ayunas, pero sin las alegrías que vienen después, sin esos sabrosos tambaleos de la memoria; al contrario: se me hace que cada que uno tiene hambre por más de un día, uno se acerca varias cuerdas a la muerte.

El Matadero, porque así le decían, era una fábrica culera culera, la más horrible del mundo y, sobre todo, la más fría, con sus jodidas láminas en lugar de techos y las puertas rechinando todo el día. Yo metía el acero en una máquina inmensa, una máquina que recortaba el acero para irle dando forma después en otras máquinas, máquinas, máquinas, donde el Julián, chamaco como yo en aquel entonces, y doña Rosa, la mujer más cansada del pueblo, porque tenía cinco hijos, todos sin padre y todos con un chingo de hambre, esperaban atentos con sus manos temblorosas a que las piezas llegaran. No me pregunten más porque no sé ni madres. Yo trabajaba como por inercia, como Dios me daba a entender y nada más. Por fortuna, desde aquel entonces era ambidiestro, que, según sé, es esa suerte de saber usar bien las dos manos, y las dos manos usaba todo el santo día.

Fue una mañana más fría de lo normal, les digo que por ahí de diciembre o enero, temporada de suicidios, cuando pasó lo que pasó. Llevábamos dos semanas sin encontrar a mi padre, y ya me las estaba oliendo, ya me imaginaba que alguien le traía ganas, porque andaba muy mustio: llegaba a casa oliendo a pulque y con los ojos llorosos, como después de haber llorado toda la tarde. Andaba preocupado por la salud de mi jefecita, que a cada rato

nos amenazaba con irse, dizque por calambres en el corazón, y la medicina era carísima. Por eso mi padre bebía toda la tarde; yo también hubiera hecho lo mismo.

Por la mañana de aquel día helado tenía todavía dos manos, y había gastado media quincena en las chingadas pastillas para el corazón defectuoso que mi madre se cargaba. Tenía hambre, pero estaba más preocupado por mi papá que por otra cosa. Ya prefería encontrarlo muerto, pero encontrarlo. No desayuné ese día ni los tres anteriores a ese. Sentía cómo mis piernas se tambaleaban cual lanchita siendo azotada por las olas del mar.

El Matadero estaba calladito ese día y hasta sentí escalofríos, cuando se supone que uno ya estaba acostumbrado a ese tipo de ambiente, porque uno puede acostumbrarse a todo, hasta al infierno. Tenía que seguir cargando acero, pero mis piernas apenas respondían; mis brazos, que eran flacos flacos, no daban para más. Fue así como se me cayeron unas piezas dentro de la máquina, unas que cayeron donde no debían, donde si la máquina las aplastaba, se iba a joder para siempre; nos lo dijo el pinche gringo el primer día. Entonces, rabioso y alarmado, metí la mano para alcanzar los trozos de metal, pero la máquina no entendió lo que hacía, no quiso darme una pausita y se dejó caer con todas sus fuerzas. Doña Rosa empezó a gritar como loca, y yo sentí mi brazo calentito calentito, como pan recién hecho. El gringo vino hacia mí con sus pasos lentos y odiosos, y la máquina cesó gracias a los trozos de metal que cayeron donde no debían.

Recuerdo aún esos ojos rojos, como de animal maltratado, que se me quedaron mirando fijos, sin un solo rastro de lástima o siquiera vergüenza. Me sacaron de allí entre Julián y otros dos más. Se me cerraban los ojos del dolor, pero fue en ese momento cuando me di cuenta de que me sostenía con mi otro brazo, el entero, para no desvanecerme por completo.

Pienso en mi padre y me alegro de que me quedara una mano todavía, pues esa mano me serviría para encontrarlo entre la hierba que crece a las orillas del río, entre la maleza y un montón de ladrillos quebrados. Escuché la sirena de la ambulancia, pocas veces se escuchaba por el pueblo algo distinto a las campanadas de la iglesia, y en ese momento fue cuando el pinche gringo me miró a los ojos y me dijo: «Te doy una noche para llorar, pendejo. Mañana te quiero aquí. Tenemos mucho que hacer». Y eso hice, no sólo esa noche, sino también las que vinieron y las que les siguieron a esas. Lloraba una noche entera y un día trabajaba endiabladamente; lloraba una noche, y un día trabajaba endiabladamente, y así sucesivamente, como si todos los días fueran mis primeros días de trabajo en el Matadero, y porque los de afuera no quieren trabajar ahí, dizque porque tienen miedo. Lo que no saben es que uno puede acostumbrarse hasta al calor del infierno... o ya lo saben.

MIGUEL GARCÍA RAMÍREZ (Ciudad de México, 1993). Estudia la licenciatura en Creación Literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Es autor de *Poemas mal-habidos* (Pez Ciego, 2020), *Carta de renuncia* (UACM, 2024) y *Derrumbe* (Buenos Aires Poetry, 2024). Textos suyos aparecen en diversas revistas, como *Monodemonio*, *Revista Tóxicxs* y *Digo.Palabra.txt*.

otredad*

Sohulii

Por alguna razón siempre vuelvo al mismo lugar. A lo mejor es porque mi abuela enterró aquí cerquita lo que quedó de mi ombligo; o tal vez porque volver es lo único que me queda.

De una u otra forma siempre termino aquí. Siempre aquí, donde puedo ver el lugar en el que la arena se reúne con las olas. Siempre donde al ver el agua no encuentro ni mi reflejo ni nada más que la espuma, pero puedo sentir que sigo viva. Siempre aquí, a la orilla del mar, sintiendo la brisa mover mi cabello, la arena entre mis pies y el sol besando mi piel como si quisiera consumirme.

No recuerdo la primera vez que vine, era demasiado pequeña como para recordar algo. Dice mi madre que ese día, el día que enterraron mi ombligo, por la mañana hubo un funeral en el que no sepultaron a nadie. Antes de siquiera asistir a mi propio nacimiento, lo primero que hice fue despedir a la única persona de mi familia con quien siempre me he sentido cercana: el tío al que jamás conocí.

Se llamaba Leónidas, como todos los primogénitos de la familia, como mi hermano si hubiese sido hijo de mi mamá o como yo si hubiese sido varón. Tenía un terrible gusto para las mujeres.

* Cuento ganador del segundo lugar del concurso «Diles que no me maten», organizado por *Grafógrafxs*.

Eso era lo que decía mi abuelo cuando ya estaba muy borracho y se ponía triste porque no se había podido despedir de él. Mi abuela, por otro lado, decía que había sido un hombre dulce y muy listo, pero que le gustaba meterse en problemas. Habría sido el arquitecto de los museos más bonitos del mundo, pero había terminado siendo un abogado, como mi abuelo y mi bisabuelo antes que él. Mamá y mi tío Chava solían decir que cuando se sentaba en la playa a mirar las olas romper en la arena, se veía tan solitario que parecía reflejar el mar en sus ojos. Y eso era todo lo que se decía de Leónidas.

Tendría unos seis años la primera vez que escuché que nos parecíamos. Mi abuela había ido temprano por mí al colegio porque me había peleado con un niño que, para colmo, era mayor que yo. Ella estaba molesta, ya que por mi culpa no terminaría la comida a tiempo. Estaba furiosa cuando salió de la oficina de la directora. Como animal asustado, deseé esconderme, pero ella ya me había tomado del brazo y recuerdo que agradecí que no hubiese sido de mi oreja. Entonces nos llevó a Javier, mi hermano, y a mí a casa sin decir ni una sola frase además de «eres idéntica a Leónidas».

Como era de esperarse, cuando llegamos a la casa me regañó por haberme peleado y por haber arruinado mi uniforme. Me dijo que era tan violenta como Leónidas, y luego me dio una paliza. Primero me explicó que había sido porque mi abuelo se había enfadado tras llegar a casa y descubrir que la comida no estaba lista; más tarde dijo que había sido una lección por haberme peleado y, además, haber perdido. Por alguna razón, ese reclamo sonaba como algo que había escuchado antes, algo que había vivido en sueños.

Durante la cena nadie me dejó olvidar las palabras de mi abuela: yo era idéntica a mi tío porque Leónidas solía llegar a casa con los ojos morados o los pantalones rotos, ya que siempre

estaba peleando y, como yo ese día, solía perder. Javier había relatado la pelea como una hazaña digna de algún héroe clásico del box. Mamá estaba furiosa o tal vez decepcionada, no importaba porque ahora tendría que comprarme unos parches, puesto que no había dinero para otro uniforme. Mi abuelo sólo me vio como si hubiera reconocido algo en mí antes de mirar con terror a mi abuela, quien permanecía callada, pero no me quitaba los ojos de encima. El tío Chava, en cambio, me felicitó por haberme defendido; porque una no podía estar esperando a que los demás pelearsen sus peleas; porque, aunque hubiese perdido, ese niño ya no se metería conmigo, y porque yo no era una sacona. Y, entonces, me llamó Leoncita, pues, como mi tío, era una salvaje. Al parecer, a todos en la familia les agradó, ya que un día desperté y olvidé que alguna vez me habían llamado de otra forma.

Cuando tenía ocho nos mudamos a la capital por el empleo de mi padre. Mi abuela se puso muy enferma un mes antes de irnos. Nadie me lo dijo, pero no necesité que nadie lo hiciera, había aprendido a observarla.

Todas las tardes antes de llamarnos a comer, mi abuela se sentaba cerca de la ventana orientada hacia la playa y miraba como si esperase a alguien. Todas las tardes se recostaba llorando quedito en la cama de la habitación de huéspedes y encendía el tocadiscos, pero no sonaba Eydie Gormé como siempre, sino que eran los Beatles, ese triste y viejo disco que Leónidas había dejado atrás. Todas las noches la escuchaba dar vueltas en la sala. Sus pasos eran tan suaves que se oían como gotas de agua, y susurraba algo parecido a un conjuro para detener la lluvia, un susurro que sonaba a mar. Por la madrugada, cuando despertaba, siempre por la misma pesadilla llena de arena, la encontraba observándome desde la puerta. Entonces me sonreía con una ternura familiar y desaparecía para dejarme dormir de nuevo.

Recuerdo que la fui a visitar a su habitación la tarde antes de irnos. Todo estaba en cajas y mi abuela se encontraba mirando por la ventana. Se veía tan triste que por un momento imaginé que así debió de verse cuando oficiaban el funeral en la playa. La llamé moviendo la manga de su suéter y creí que se enfadaría como las veces que interrumpía sus rosarios, pero no, sólo me miró y me sonrió como lo hacía por las noches. Parecía que había envejecido al menos diez años, pues sus expresiones se veían más cansadas y su mirada más perdida. Creo que estar triste la hacía verse más vieja.

Me dijo que me daría un obsequio para que lo usara cuando fuera mayor y estudiara arquitectura como Leónidas habría querido hacer, y yo no me atreví a decirle que en realidad deseaba ser pirata. Entonces, de una maleta que salió de su pequeño armario, sacó una caja que a su vez tenía dentro un montón de curiosos cachivaches y fotografías viejas. Mientras ella buscaba lo que necesitaba, yo me reconocí en una fotografía. Fue extraño verme en una foto que no recordaba que me hubiesen tomado. Se sentía como si me reconociera, pero al mismo tiempo fuera otra, como si estuviera viendo una vida que no me pertenecía, pero que había vivido yo. La imagen era muy vieja, y en ella yo tenía el cabello chiquitito, sonreía como si hubiese contado una broma que sólo yo había entendido y señalaba hacia la cámara reconociéndome al otro lado. De fondo estaba el mar y atrás se veían un niño y una niña que me resultaban vagamente familiares, pero no sabía nombrar.

Pregunté cuándo me habían tomado esa fotografía, pero mi abuela sólo me miró un instante y, en lugar de responder, me susurró algo que sonaba parecido a lo que susurraba cuando caminaba en la sala por las noches. Luego me dio una caja de estilógrafos y me habló de su hijo mientras acariciaba mi cabello. Por primera

vez me habló de Leónidas en serio. Me dijo que había sido muy listo, que había sonreído con todo el amor del mundo, pero que también estaba furioso y triste todo el tiempo, y que yo me parecía a él porque también ladeaba la cabeza cuando no entendía algo y sonreía igual que él, como burlándome del mundo. Me habló de lo mucho que a Leónidas le gustaba el mar, casi tanto como a mí, porque decía que cuando estaba cerca, este lo llamaba en susurros y las olas lo arrullaban justo como las caricias y la voz de mi abuela me arrullaban a mí.

Luego de que nos fuimos, mi abuela se enfermó de tristeza y nunca se recuperó. Claro que esa no fue la primera vez. No, la primera vez fue cuando Leónidas desapareció; nunca encontraron su cuerpo y eso la puso muy triste. No hubo lugar a dónde irle a llorar, ni cenizas que dejar en la playa, ni un hijo del cual despedirse. Sólo hubo un ataúd vacío, una familia llorando, el sonido del mar y una mujer embarazada a unas horas de dar a luz.

Una vez en la ciudad, deseé que el fantasma de Leónidas se hubiera quedado en la playa, en casa de mi abuela, en el armario, encerrado en esa caja de recuerdos, donde fuera, pero no conmigo. Lo deseaba con todas mis fuerzas, pero una tarde al volver del colegio Javier me dijo que a donde quiera que fuera, Leónidas me seguiría, porque yo era su tumba. Recuerdo haberle dado un puñetazo tan fuerte que le rompí la nariz. Mi madre enloqueció cuando vio la sangre, y durante el viaje en taxi al hospital lo único que escuché fueron los quejidos de Javier, los regaños de mi madre y mi llanto, porque no había querido lastimar a mi hermano, pero deseaba que se callara. Cuando volvimos a casa me castigaron, pero jamás me preguntaron por qué le había roto la nariz y, por lo tanto, no dije nada. Probablemente tampoco lo habrían entendido aunque se los hubiese explicado una o mil veces, pero mi tío sí. Leónidas habría entendido y me habría gustado decirle,

porque estaba segura de que él también le había roto la nariz a su hermano.

Mis padres tomaron eso como una de las señales de que me había enfermado igual que la abuela, pues al poco tiempo comencé a sentirme mal. Lloraba en mis sueños porque escuchaba a alguien llamándome en susurros llenos de tristeza; despertaba con las mejillas empapadas y con unas náuseas terribles. Esas noches escuchaba el mar muy lejos y no podía sentirlo, como si una parte de mí faltara, como si estuviera sin estar, y tenía tanto frío que sólo podía temblar, llorar y vomitar, porque ningún médico sabía lo que me pasaba.

Con los meses me puse más pálida y más flaca; me daba más sueño durante el día y me peleaba más seguido en la escuela, porque estaba furiosa. Necesitaba sentir que estaba viva, y tener los nudillos ensangrentados y moretones por todo el cuerpo por lo menos me hacía sentir algo. Extrañaba el silencio de la casa de mis abuelos, el mar y lo que fuera que mi abuela susurraba por las noches. Extrañar me ponía furiosa, cada vez más enferma y fuera de control, porque sentía un gran vacío que me hacía pensar en las caracolas de la playa: no tenían nada dentro, y aun así se escuchaba el mar.

Recuerdo que un verano, unos días antes de que cumpliera trece, volvimos de visita a casa de mis abuelos. Yo había llegado muy enferma, pero deseaba tanto ir a la playa que no paré de llorar hasta que Javier convenció al tío Chava para que nos llevara en su auto. Hacía tanto calor que cuando llegamos me quité los tenis y los dejé en el auto. Caminé descalza por la arena sin escuchar a mi hermano, y cuando me di cuenta ya tenía el agua del mar hasta las rodillas. Ahí todo se sentía más ligero: el aire, los sonidos y hasta mi cuerpo. Y, de pronto, ese vacío ya no estaba.

Fue entonces cuando lo escuché por primera vez. Era como un canto o un susurro suave que iba y venía al mismo ritmo de las olas rompiendo en la arena; un sonido parecido a lo que susurraba mi abuela aquellas noches en las que caminaba por la sala y a lo que yo escuchaba cuando despertaba llorando. Ese susurro opacaba la voz del tío Chava gritándome que no me alejara tanto de la orilla y la de Javier pidiéndome que tomara su mano cuando se percató de que el agua me llegaba a los hombros. Esa tarde no existió nada más que ese sonido, esa voz, ese canto, y yo escuché atenta mientras miraba al mar como si fuera mi único amigo. No hubo nada... sólo un susurro y quien lo escuchaba.

Al volver a casa por la noche, antes de que mi madre pudiera regañarnos, el tío Chava se acercó a ella y le dijo algo en voz bajita. Recuerdo el rostro de mi madre, parecía haber visto un fantasma. Nadie me regañó esa noche, pero mi abuela me miró atentamente toda la cena, como si tuviera miedo de que fuera a desaparecer. Los demás adultos me observaban entre aterrados y apenados. Recuerdo haber creído que había algo mal conmigo, pero al verme en el espejo sólo había reconocido una presencia titubeante, a alguien que era sin ser, y mi rostro no parecía mío, pero era yo en el reflejo. Entonces me corté el cabello chiquitito a tijerazos sólo porque era menos doloroso que arrancarme un brazo para asegurarme de que seguía siendo yo en el reflejo.

En la cena probablemente nadie habría dicho nada de no ser porque, mientras Javier masticaba con la boca abierta, me había preguntado muy serio y sin dejar de mirarme a los ojos: «¿Qué era lo que veías en el mar, Leona?». Y todos me habían mirado como a un bicho raro, aunque trataron de hacerlo discretamente; pero yo lo sabía, tenían miedo de algo que ni Javier ni yo conocíamos. Yo me quedé callada, porque no lo habrían entendido. Sólo

Leónidas habría comprendido y yo me había cansado de intentar hacerlos entender.

Esa noche esperé a que mi abuela caminara en la sala y me susurrara como antes, pero jamás lo hizo; y cuando desperté por la madrugada, sólo escuché el sonido del mar como el recuerdo de alguien llamándome. Fui a beber un vaso de agua, pues desperté con una sed que me hizo sentir como si hubiera tragado arena. Al regresar a la cama miré por la ventana orientada al mar como si esperase a alguien que volvía de él, pero, por extraño que suene, sentí que regresaba yo. Antes de volver a dormir pensé en Leónidas y me pregunté si había escuchado lo mismo que yo mientras se rendía y el mar lo arrastraba la noche en que desapareció en él.

Nunca sabré si el ombligo de Leónidas sigue enterrado aquí, pero sé que aquí es donde está el mío. Tampoco sabré lo que él escuchó aquella noche en que se unió al mar. Nunca sabré si escuchaba el mismo canto o si también soñaba con la arena entre sus dedos y las olas besando sus pies. No puedo preguntárselo, el mar ya lo reclamó. Pero sí sé qué es lo que yo oigo, porque siempre que vuelvo a este lugar escucho atenta el canto del mar como aquella tarde.

Está diciendo un nombre, un nombre que alguna vez fue mío.

SOHULI (Ciudad de México, 2002). Estudia Letras Hispánicas en la Universidad Autónoma Metropolitana y se dedica a la improvisación teatral. En 2024 fundó, con Josshua Tenoch y Río Mercedes, el fanzine *Miazma*.

Formas de llegar a Tombuctú*

Samantha Esther Escalante

Llevé a entrenar a Garú y a Kali cuando eran cachorros. Garú, peludo y grande, seguía todas las indicaciones con tal de obtener los premios y las salchichas. Kali no. Ella me miraba como si la hubiera insultado al ofrecerle la salchicha y pedirle la famosa «sentada». Permanecía inmóvil, con su cuerpo delgado y negro, me entornaba los ojos y después volteaba la cabeza dirigiendo el hocico hacia lugares de mayor interés para ella. Más adelante me daría cuenta de que lo suyo no eran las salchichas, sino los olores fétidos. Durante los paseos, Garú buscaba comida; Kali, alcantarillas.

En el entrenamiento conocimos a Charly, un perro blanco y peludo que siempre llegaba con lo que yo llamo la camisa de fuerza para perros: una correa que le ponían alrededor del hocico. Su tutor decía que Charly no era de fiar, pues en una ocasión mordió a un niño. Así, sin más contexto y como si los perros se la pasaran mordiendo a la gente por deporte. La cosa es que ese perro llegaba todas las tardes de entrenamiento con el hocico apretado y la cola feliz de reunirse con sus amigos. Ese comenzó a ser un espacio incómodo para mí. Charly, aprisionado; Garú, obsesionado con las salchichas. Me miraba como si los ojos se le fueran a salir

* Ensayo ganador del tercer lugar del concurso «Diles que no me maten», organizado por *Grafógrafxs*.

mientras esperaba la siguiente indicación que le haría ganar un premio. Y Kali, ignorando indicaciones. El entrenador me dijo que le debía dar un tirón firme para que el collar de castigo le hiciera notar que debía estar junto a mí caminando y no yendo a donde ella quisiera. Me pregunté si esa era la vida que quería para mis perros y para mí. Y decidí que no. Cambié los collares de castigo por pecheras y compré unas correas de cuatro metros de largo para que tuvieran libertad de ir a donde sus hocicos los llevaran durante nuestros paseos. Y no regresamos al entrenamiento.

Una tarde salimos a caminar un rato y les quité las correas para que exploraran en un terreno solitario que frecuentábamos en esos tiempos. De pronto, sorprendí a Kali revolcándose enérgicamente sobre el pasto, a varios metros de mí. Me acerqué y descubrí que se restregaba sobre el cadáver seco, aplastado y maloliente de una rana (la vez que se revolcó en caca de caballo la dejaré a la imaginación). «¡Kali, no!», grité furiosa para que se detuviera, y ella volteó con una cara de franca felicidad. Se paró de un brinco y salió corriendo veloz y sonriente como en señal de victoria.

Cuando yo era niña acompañaba a mi mamá mientras regaba el césped de nuestro pequeño jardín. Lo hacía todas las tardes. Ahí colocamos un columpio que mi papá compró para mi hermana y para mí. De tanto arrastrar los pies al mecernos, murió una parte del césped y terminamos haciendo un óvalo de tierra en medio del verde zacate. Una tarde mi mamá nos dijo que iría a la tienda y que no tardaría en regresar. Dejó la llave del agua abierta con la manguera debajo del columpio. Supongo que quería recuperar la zona de zacate que habíamos matado mi hermana y yo. Apareció un lodazal. Por turnos, una de nosotras debía quedarse quieta junto al charco y la otra saltaría para ver

quién salpicaba más a la otra. Después de unos minutos, mi mamá regresó. Casi ni notamos su presencia, pues ya estábamos meciéndonos en el columpio mientras dejábamos arrastrar nuestros pies sobre el divertido charco café. Mi mamá cerró la llave del agua y entró en silencio a la casa. Nos dejó jugar un ratito más y luego salió sin decir nada. Nos quitó la camiseta, el *short*, los zapatos y los calcetines. Nos llevó a la batea y nos dijo que ahora tocaba bañarnos, pero primero teníamos que lavar nuestra ropa. Dejó ir más pronto a mi hermana, tal vez porque era más pequeña. En cambio, yo era la mayor, había liderado la travesura y debía aprender, así que me quedé un buen rato lavando a mano. Era difícil sacar las manchas. Era difícil darse cuenta de que algo tan divertido tenía una consecuencia tan aburrida.

Vinciane Despret dice en su libro *Habitar como un pájaro* que «quien haya podido ver a su perro revolcándose con entusiasmo en una carroña o en estiércol, comprenderá de inmediato que estamos en otro modo de sentir». Bueno, yo no lo comprendí así. No de inmediato. Que Kali se hubiera revolcado sobre el cadáver de esa rana me pareció asqueroso y reprobable. Mi estómago revuelto y mi enojo rampante contrastaron tanto con la felicidad de la perra, que me dio curiosidad. Más tarde busqué en internet y me encontré con posibles razones por las cuales los perros hacen eso. Revolcarse les sirve para comunicarse a través de feromonas. Sus capacidades olfativas son bastante superiores a las nuestras. Los que se restriegan en las cacas o cadáveres de animales lo hacen para obtener y compartir información con su manada; en el caso de Kali, con Garú y conmigo. Es una manera de decir «soy un buen elemento y traigo información». Otro artículo decía que

regañar a los perros por revolcarse en caca o cuerpos en descomposición es incomprensible para ellos, pues es como si a los humanos nos regañaran por bostezar. Me sorprendí de imaginar qué tanta información obtienen los perros a través de sus narices. Vivimos en el mismo mundo material, pero en realidades distintas y paralelas. Al menos, a nivel olfativo.

Los perros no son los únicos animales con un olfato tan poderoso y vital para sus interacciones sociales. Los cerdos tienen ese sentido aún más desarrollado. Con él se guían para conseguir alimento, igual que Garú. Además, tienen una alta densidad de receptores táctiles en el hocico, con el que realizan muchas actividades, como desenraizar plantas (cuando no están hacinados en una granja industrial), transportar objetos e interactuar socialmente. Con el hocico identifican a sus familiares y hasta pueden saber el estado de salud del cerdo con el que interactúan.

Una vez vi de cerca uno de esos hocicos tan sensibles. Iba en el coche con mi papá, en una carretera. Tuvo que bajar la velocidad, pues a unos metros había una fila de automóviles detenidos. Conforme nos acercamos y hasta detenernos, noté delante de nosotros un gran camión jaula. No había distinguido bien qué transportaba. De pronto, entre unos barrotes, vi un hocico. Era un cerdo que olfateaba el aire. Al caer en la cuenta de lo que se trataba, pude identificar con rapidez muchas otras partes de los demás cuerpos que estaban ahí encerrados. Había colas, orejas y más hocicos asomando por las rendijas de los barrotes. De repente, sentí una mirada. Y mis ojos se encontraron con los de uno de esos cerdos que estaban llevando al matadero. Mi papá debió notar algo en mi expresión facial. Me dijo: «¡Ay, hija! No los veas». Pero ¿cómo no verlos? Nunca he podido dejar de verlos. Hay imágenes que nunca se van.

Tenía seis años cuando la camioneta de mi papá pasó de ser una de mis mayores diversiones a convertirse en un símbolo de terror. Por la mañana fuimos en familia a la central de abastos. Olía dulce, como a papaya. Mis papás preguntaban por el precio de unas nueces y yo vi un perrito de hocico café junto a mí. Le dije «hola, perrito», y lo que recuerdo después es a mi papá cargándome con cara de preocupación. El perro me había mordido, y terminó recibiendo incomprensión y desprecio. Al parecer tenía rabia. Mi papá atravesó el estacionamiento con velocidad, buscando la camioneta. Había un olor a fruta pudriéndose en algún lugar. Me llevaron al hospital. El tratamiento consistía en cinco inyecciones en la espalda a lo largo de ciertos días. Cuando llegamos, no sabía qué pasaría. En la sala donde me aplicarían la primera inyección había un tufo a medicamentos. No recuerdo si me explicaron algo antes, sólo que el dolor fue tan fuerte y el líquido habrá sido tan espeso que me dejó entumecido todo el brazo derecho y una parte de la espalda por varios minutos. Lloré mucho y vi la cara de mi papá, quien evitaba mirarme mientras me sostenía con fuerza para que yo no saliera huyendo. Para las siguientes vacunas, el terror empezaba cuando veía la camioneta de mi papá esperando a que me subiera para llevarme hacia el que era mi matadero. Ya en el hospital, de alguna forma me convencían para entrar a la sala, pero el olor de las medicinas y ver la preparación de la jeringa me hacían llenarme de una fuerza desconocida. Me aventaba al piso dando un sentón, protestando y negándome con pataletas a sentir de nuevo ese dolor. Pero era necesario e imperante, pues existía la posibilidad de haberme contagiado de rabia. Mis papás localizaron al perrito que me

había mordido y se lo llevaron a la casa para observarlo. Como era de esperarse, el pobre murió unos días después de haber dado la mordida. Veo una imagen, un recuerdo que ahora es doloroso: miro por la ventana que da al patio de mi casa y ahí está el cadáver del perro que tuvo rabia. Se ve cubierto por algo oscuro. Son cientos de hormigas que llegan en filas. La procesión podría confundirse con un gran funeral. Negro por todas partes. Hileras de individuos en torno a un cuerpo ya sin vida. Pero lo que ahí pasa en realidad no sólo es un funeral que yo, sin saber, llevé a cabo mirando en silencio y lamentando la muerte de aquel perrito. También es un festín. Y siento algo desagradable ante tal imagen. No entiendo lo que está pasando, sólo sé que ya no quiero que me vuelvan a inyectar nunca más y tampoco entiendo por qué llevaron a aquel perro a nuestra casa, sólo para que muriera y se cubriera de hormigas. Décadas después de ese suceso llegaron preguntas acompañando a esa imagen funeraria: ¿quién era?, ¿cómo fue su vida?, ¿tenía una manada?, ¿alguien lo extrañó cuando mis papás se lo llevaron de la central de abastos?, ¿cómo habrá sido para él morir en un lugar desconocido, lejos de su casa, de sus rumbos y en soledad?

Di otro paseo con Garú y Kali. Como siempre, muy pendiente de que Garú no encontrara algún trozo de comida que pudiera engullir en pocos segundos. Sabía que ese paseo, como ya era costumbre, llevaría un buen rato. Ellos inspeccionaban de modo «artesanal» la pipí de otros perros que encontraban por el camino. Después de mi investigación sobre el olfato canino, en cada paseo les dejo informarse detenidamente, si es posible, sobre lo que dicen sus congéneres a través de ese mecanismo perruno de

comunicación. Además, Kali suele detenerse en las alcantarillas que encuentra. A veces se queda hasta un minuto estudiando los olores que emanan de ahí. Y yo la espero mientras me pregunto qué datos podría estar obteniendo.

Al llegar al parque, Kali se detuvo en seco. Entrecerró los ojitos y alzó el hocico olfateando el aire. De pronto, me fue llevando hacia unos arbustos. Garú también comenzó a olfatear hacia el mismo punto. Conforme nos acercamos, ella fue bajando la velocidad y colocó el cuerpo un poco agachado, como con cautela. Encontró una caja de cartón. Se acercaba y se alejaba de ella. Garú tenía una actitud similar, parecía ansioso. No sé si ambos manifestaban precaución o si ya se había convertido en miedo. Kali tenía una actitud distinta a cuando olfateaba alcantarillas. «¿Qué pasa, Kali?». Me acerqué a la caja y, con un temor que me había invadido después de ver el actuar de mis perros, levanté despacio una de las cejas de la tapa. Dentro había dos cadáveres. Eran cuerpos emplumados. Dos gallos que no tenían cabeza. Di un salto hacia atrás sin saber qué hacer. Garú y Kali continuaban indecisos, como si no supieran si entregarse al olfateo o si era mejor mantener distancia. Me quedé paralizada, en silencio y sin saber muy bien qué hacer. Hay algo en algunas muertes que va más allá de la tristeza o el dolor. Algo que va más allá de la sacudida que provoca el recordar que la muerte es parte de la vida. Hay muertes que me hacen desear que algunas cosas no fueran parte de esta vida.

Mi papá llevó un loro a la casa. Mi hermana y yo nos emocionamos mucho al verlo. Tan verde y con un lindo color rojo alrededor de su piquito. Mi hermana lo nombró Kiwi. Lo queríamos mucho y jugábamos con él. También hacíamos cosas que nadie nos enseñó que un loro no quería.

Como muchos de los pájaros que la gente vende y compra como «mascotas», Kiwi ya no podía volar porque le habían cortado las alas. Nosotras no sabíamos eso. Sólo nos encantaba «tener» un loro. En una ocasión, él estaba parado en un palo de escoba que yo sostenía. Mi hermana y yo comenzamos a cantarle una canción y empezamos a bailar. Yo comencé a dar vueltas con el palo agarrado. La canción se volvió cada vez más veloz, así como mis vueltas. De pronto, Kiwi salió disparado. Hubiera chocado contra la barda, pero había un frondoso helecho que detuvo el impacto. Mi hermana y yo soltamos una carcajada sin tener, evidentemente, ninguna noción del maltrato que ejercíamos. Nadie nos dijo que para Kiwi eso no era divertido; que él hubiera preferido volar e irse de ahí, pero que no podía; que odiaba estar encerrado en una jaula; que ni los pájaros ni ningún otro animal son para el deleite humano sin que haya algún grado de tortura de por medio. Ese día, mi hermana y yo nos reímos y nos divertimos mucho. Kiwi no. Algunos días después encontramos su jaula vacía. Mis papás nos dijeron que se había escapado y que voló. Años después me enteré de la verdad. Nuestro gato, Bart, lo había matado y se lo había comido. Han pasado varios años más y aún recuerdo a Kiwi con cariño, pero ya no me parecen divertidos aquellos juegos. A veces imagino que el loro habló un día con Bart. Que le pidió que, por favor, lo liberara de esa vida de encierro y tortura; que, por favor, lo matara, porque lo otro era morir lentamente en vida.

Le detectaron células cancerígenas a Garú en una de sus patas. Tuve miedo. Por primera vez se hizo patente algo que antes veía muy lejano y poco palpable: tarde o temprano, él y otros seres

amados se irán de mi vida. Yo misma me iré. ¿Nos estamos yendo? La vida tiene esencia de muerte.

Resultó que el tumor de Garú no se había esparcido, así que tenía «solución», al menos temporal, a través de una cirugía. Tendrían que amputarle dos dedos de la pata trasera. Durante el tiempo de recuperación debía asegurarme de que no caminara más de lo necesario. Los paseos se volvieron difíciles. Garú estaba ávido de olfatear como siempre lo había hecho, pero no se le podía permitir tanta libertad. Ni qué decir de Kali, quien también salía perjudicada, porque la pasan mal cada vez que son separados. Han sido compañeros en todo momento desde que son cachorros. Así que los paseos breves fueron para ambos. Comencé a estresarme, pues con cada paso de Garú había cojera y, además, sabía que padecían las limitaciones a su olfateo, tan vital para ellos. Me preguntaba si debí someter a Garú a dicha cirugía o si debí dejar que la vida de esas células que se multiplicaban rápidamente continuara dictando el camino. Parecía que Kali recibía (¿olfateaba?) mi estrés y mi frustración, porque durante ese tiempo se volvió más agresiva con otros perros. Fueron tiempos difíciles. Garú se recuperó y volvimos a nuestras andadas olfativas después de varios meses. La libramos, dirían por ahí.

Me pregunto cómo serán las muertes de mis perros. Me gustaría poder acompañarlos de algún modo en el cual pudiera honrar sus vidas y agradecerles todo lo que me han dado. Honrar, a través de proporcionarles una vida y una muerte lo más dignas posible. No como las otras muertes de animales con los que he vivido desde mi niñez y de los que ni mi familia ni yo supimos observar y respetar las diferencias de especie. Respetar sus vidas.

«Hay que amarrar a Jacko», decía mi abuela cada vez que iba a llegar alguien a la casa. El perro buscaba cada

oportunidad para salir corriendo a la calle. Jack, querido por todas en casa, vivía en el patio y nunca salía a dar la vuelta para satisfacer su instinto, para estimularse mientras olfateaba el mundo. Tampoco sabíamos que era posible proporcionarle estímulos olfativos si no podía salir. Por lo tanto, cada vez que había oportunidad, corría hacia la calle y encendía un griterío en la casa: «¡Se escapó Jack!». Escapar. Justo eso. Escapaba del aburrimiento, de la falta de autonomía. Como cuando una se escapa de la escuela o como cuando alguien quiere escapar de la cárcel. Como cuando las vacas escapan del matadero y los cerdos saltan de los camiones que los trasladan a una muerte lenta y tortuosa. Jack escapaba a la libertad cuando tenía oportunidad. Sin embargo, pasaba la mayor parte del tiempo en el patio. Había desarrollado la habilidad de escalar bardas. Al menos la del patio de mi abuelita, que era una albarrada. Parecía una cabra hábil para subir, pero era un perro que no sabía descender. Así que en varias ocasiones tuvimos que ayudarlo a bajar, porque una vez que estaba arriba, no encontraba forma de llegar a los otros patios, que quizá eran su objetivo. Hacia los últimos años de su vida, una tía nos habló de las necesidades de paseo de Jack. Nos hizo comprender que necesitaba salir, al menos de vez en cuando, del patio. Así que le compramos una pechera y correa para pasearlo. Yo hacía intentos de sacarlo a caminar dando una vuelta a la manzana, pero apenas tenía siete años y Jack era muy fuerte. Y también tenía prisa por oler todo lo que pudiera, así que me arrastraba si no lograba seguirle el paso. Mi abuela pensaba que eso de sacar a pasear a un perro era una tontería. Para ella los perros estaban bien viviendo en el patio. Así creció ella. La diferencia es

que mi abuela vivió en un pueblo, con un patio grande y donde los perros salían solos a la calle y sin tanto riesgo de morir atropellados o de vivir cosas lamentables. Aun así, ella hacía intentos de sacar a pasear a Jack. Al no estar acostumbrada, cuando llegaba de pasearlo lo dejaba salir al patio con todo y la correa enganchada a la pechera. En una ocasión, no recuerdo cómo, el perro se subió a la barda, resbaló y estuvo a punto de caer, pero de alguna forma milagrosa quedó suspendido cual piñata que colgaba de la pechera. La correa se había enganchado entre dos piedras de la albarrada. Nos llamó con ladridos. Lo rescatamos enseguida y aprendimos a quitarle la correa apenas llegara del paseo. Un día que regresé de la escuela, Jack se había escapado una hora atrás y no lo habían encontrado. Salí preocupada a recorrer las calles cercanas y lo encontré sentado frente a una avenida bastante transitada. Parecía que reflexionaba sobre el pasar de los coches. Dije su nombre y volteó hacia mí. Al notar quién era yo, seguramente al percibir mi olor, comenzó a mover la cola alegre y nos fuimos a casa.

En la novela *Tombuctú*, de Paul Auster, Willy Christmas es un humano que vive en la calle con su perro, llamado Mr. Bones. Se tienen el uno al otro; se acompañan y viajan juntos en las alegrías e inclemencias de sus vidas vagabundas. Entre palabras humanas y olfateos caninos, crean un lenguaje común. Willy presiente que morirá y trata de dejar en las mejores manos posibles a Mr. Bones, antes de irse a Tombuctú, que es como ambos llaman a la muerte. La abuela de uno de mis amigos más queridos me prestó ese libro hace varios años. Ella tiene más de ochenta y lleva una década diciendo que ya se va a morir. Nosotros sabemos que su vitalidad

aún promete años, pero no le gusta tanto esa idea, porque sus amigos se han ido poco a poco, mientras ella observa. Tal vez una de las pérdidas más difíciles que ha tenido que vivir es la de la Tina, una perra alegre y hermosa que la acompañó algunos lustros, desde que era cachorra hasta su último olfateo. La abuela lloró esa muerte que tanto le dolió y sobrevivió. Tiempo después, dudó mucho en adoptar a otro perro, pues temía dejarlo sólo en cualquier momento, así como la Tina la dejó a ella. Al final, decidió adoptar a un perrito anciano. Cuando fui a conocer a su nuevo compañero me dijo: «A ver si en esta ocasión nos vamos juntos a Tombuctú».

SAMANTHA ESTHER ESCALANTE (Mérida, México, 1987). Es licenciada en Psicología y maestra en Psicología Clínica por la Universidad Autónoma de Yucatán. Formó parte de la segunda generación del Diplomado en Escritura Creativa de la UNAM.

Poemas del libro *Longe e Sal*

Flora Nakazone

Mientras el sopor no es un intervalo
y el rostro se deshace en lluvia
El amor es una criatura sin horizontes.

Mientras el cuerpo es un sueño diáfano
y en el suelo no existen rastros
El amor está hecho de ojos cerrados.

* * *

Cuando amé,
yo estaba sola y un árbol ardía a mi lado.

* * *

Te miré hasta envejecer completamente. Hasta que olvidar se
volviera una lengua.

* * *

Persigo la inclinación de una hoja que pende
y se ahoga.

* * *

La playa es un cielo derrumbado.

* * *

La primera palabra, yo no dije.
La primera palabra, yo entré.

* * *

Esta inclinación de cicatriz para enmagrecer.

* * *

Nacer fue continuar un grito oscuro sombrío
en el avance de las raíces.

* * *

Yo era un pájaro albino. Húmedo. Yo tenía las palmas
abiertas en la luz, los ojos blancos quietos frente al espejo
que respiraba, la voz con un animal sin patas en el centro.

* * *

El destino quema como la primera visión del rostro de la madre.

* * *

Lo oscuro es el cuerpo más lejano que consigo.

* * *

La boca es la marca de mi orfandad.

* * *

Mi cuerpo excedido es el paisaje natal hacia el cual retorno.
Recostado, mi cuerpo abierto es el lecho por donde avanza la
imagen sin margen que me atraviesa.

Traducción de Sergio Ernesto Ríos

FLORA NAKAZONE (Ribeirão Preto, Brasil, 1995). Graduada en Medialogía por la Unicamp. Realizó estudios de Cine en la Universidade da Beira Interior, en Portugal, y de Psicoanálisis en el Instituto Távola. Es autora de *Longe e Sal* (Amitié Casa Editorial, 2024).

Posfacio del libro *Longe e Sal*

Raquel Gaio

Entro en *Longe e Sal* como si entrara en un paisaje todavía en formación, un lugar en preparación, destituido de nombre, como si caminara en otro tiempo; húmedo, invertebrado, distante. Flora nos ofrece un tiempo del intermedio; del sueño, del espejismo, una poética en que una forma de nebulosidad nos guía, colocándonos delante no de lo que podemos ver, sino de lo que apenas podemos entrever.

Aquí la palabra poética es un espacio, un lugar. *La primera palabra, yo no dije / La primera palabra, yo entré* —escribe Flora, delante de la lengua. Una lengua que convoca un paisaje ondulante, la cual se orienta por su marea y compone con ella el gesto de su propia escritura. Avanzo en la neblina de sus palabras, entro en la humedad de sus espacios en blanco.

Leer *Longe e Sal* es relacionarse con lo que mengua: el amor, el tiempo, el paisaje. En este ambiente salino hay cierta vocación para la transparencia, para la desaparición tanto de la voz poética como de quien atraviesa el libro. Al leerlo, somos cubiertos por el rocío de un paisaje que está siempre por amanecer. Un paisaje que no conoce límite.

Tengo los ojos turbados por el vapor que circunda el libro. Soy guiada por su salinidad.

Flora instaure otra espesura de tiempo al Caminar con la nostalgia del agua, colocándonos cercanos de algo que se diluye antes incluso de formarse, nombrado. La poeta escribe murmurada por un agua, la poeta se disuelve. Es junto al agua que escuchamos nuestro propio rumor; agua oscura, ingobernable agua que carga el primer Rostro.

Tal vez escribir sea este movimiento: entrar en el mar que se cierne sobre nosotros.

Traducción de Sergio Ernesto Ríos

RAQUEL GAIO (Río de Janeiro, Brasil, 1981). Licenciada en Letras por la UFRJ. Es poeta y artista visual. Publicó los libros *das chagas que você não consegue deter ou a manada de rinocerontes que te atravessam pela manhã* (Editora Patuá, 2018), *manchar a memória do fogo* (Urataú, 2019) y *com as patas no grande Hematoma* (Urataú, 2023).

Mi generación

Sofía Garnica Esteva

A Ricardo y a todos los demás.

Me abotonaba el abrigo y me lanzaba contra la oscuridad de la calle
la solía caminar con las manos metidas en los bolsillos
y el cuello erguido
la calle
mirando al cielo, muchas veces hacia atrás
por si acaso,
por si acaso una sombra salía al paso.
Mirar hacia atrás era también
como el pasado y la noche: una misma cosa.
El suceso de mi pueblo había ocurrido tiempo atrás, tres calles atrás
una manzana,
un zócalo,
tres estatuas,
un palacio virreinal.
A fuerza de mirar siempre a la medida del cielo
sorprendí tu frente alta.
¿Te acuerdas de cuando te encontré?
Entre la cumbre del sol y la rotación de la luna.
En el entrecejo el gesto de la provincia era, en la diferencia,
nuestra marca distintiva
una pequeña plaza, memoria lejana de una hacienda andaluza.

En los ojos vestías la misma insignia,
el color de los ixtles
el aire fresco del valle
la tez dorada por la resolana
y la herrumbre de los días. Al centro del pecho un escudo
de lienzo rojo.
Aquí vinimos a encontrarnos. Y a todo lo demás.

—¿O fuiste tú quien me encontró?

Tú, de la estatura de un gigante
la frente tan alta que tocaba el nido de los pájaros
viste mi mata revuelta
que entonces era corta
un gorrión caído al suelo.
Anegada en la mar. Rendida ante la marea. Entre la gente.
Me viste y me llamaste, mientras el estadio de la universidad
yacía henchido de personas:
una caldera rebosante de cuerpos, a punto de explotar.

¿Te acuerdas de que el olor de los sismos,
aquí, era el de las fugas de gas?

Avanzamos metidos en un auto ínfimo
como órganos del cuerpo pegados los unos a los otros,
una sola película de piel y carne
en el amanecer.

Luego, quedamos tiznados de pies a cabeza,
de cal,
de pintura molida y pulverizada,

de escombros,
mientras recogíamos con las manos desnudas el despojo
de las paredes en la calle Enrique Rébsamen.
Y teníamos la luz sobre nosotros quemándose en nuestra espalda.
Y no sabíamos,
pero así fue,
que nos encontrábamos ya en el epicentro del desastre.

A menudo tenía que mirar hacia el cielo para verte a los ojos,
y la imagen devuelta estaba siempre recortada contra el sol.

Nosotros no sabíamos,
aunque así fue,
que la calle y esas madres que lloraban
y los niños bajo las piedras
y los perros bajo las piedras
y quizás
también
los gatos bajo las piedras

aullaban al interior de nuestras cabezas, pero nadie,
realmente, escuchaba.

Los escombros eran tan
silenciosos.

Las camillas que arrastramos muy pronto sucias,
y el agua que repartimos
y la fuga de gas
inundarían los periódicos como al estadio de la universidad,
como una pestilencia.

Y ese recuerdo se volvería una memoria ácida
sobre las calderas de metal
los tubos
los pasamanos oxidados.
La pintura estaría destinada a caerse.
Y a olvidarse.
Años después. Ahora.

No sabíamos, aunque así fue,
que descansaríamos tantas noches juntos,
hombro con hombro
un ronquido
una risa
un sollozo.
Y tendríamos otros recuerdos,
más dulces. Pensaba.

Muchos días nos internamos en el desierto buscando.
También entonces fallamos.
Perseguimos eso que sólo creímos ver en aquel cielo estrellado
sobre los páramos vacíos. Como profetas trasnochados.
Intentando creer. En todo lo que creíamos, en bellas palabras.

¿Te acuerdas de que creíamos en todo aquello?
¿Te acuerdas en lo que creíamos?
¿Te acuerdas que creíamos?

Hablábamos tanto en torno a las palabras que las hicimos persona
o estatua incólume
una Diana en el centro de una avenida,
el David gigantesco, metido en la fuente de un parque

o un ángel alado,
 odas al amor
 o a cualquier otra cosa.
 Y dijimos palabras graves, en tonos graves y festivos
 alternativamente
 dijimos
Posibilidad
Vacío
Encuentro
Justicia
 ¿Te acuerdas de la fruición con que las sosteníamos
 entre los dientes?
 en la lengua
 en los pies
 rotos de caminar
 a menudo decíamos *este país*.
 Caminábamos porque decíamos libertad
 y otra vez el polvo anegaba los pantalones, de los dobladillos
 a la rodilla.
 Sentíamos una furia inagotable,
 una llama joven.
 Éramos, decíamos, todo eso:
 la llama y el polvo y el pantalón roto. Agujeros con una finalidad.
 La finalidad realizada. La tensión del arco y de la flecha.
 Sujetados entre las manos de una diosa marcial.

¿Te acuerdas de que la vimos a lo lejos
 y pensamos que ella nunca nos alcanzaría?

La fortuna es una diosa cruel,
 fue la advertencia que recibió un príncipe
 a las vísperas de un imperio por gobernar.
 Pero nosotros no éramos príncipes. Éramos libres.
 Y ese era todo nuestro patrimonio.

¿Recuerdas que un día —yo no lo recuerdo— llegamos por fin
 a ese futuro tantas veces soñado?

¿Recuerdas cómo ese mundo,
 el mundo que fue nuestro
 —esa ciudad también—
 mientras fuimos jóvenes,
 dejó de existir?
 Y cómo nos anidaron profundas ojeras
 ojeras púrpuras
 como la noche
 bajo la piel de los ojos
 como los sismos.

¿Recuerdas cómo la piedra nos sepultó?
 Cómo escombros y *debris* se nos metieron a la boca y nos silenciaron
 y nos hicieron nadie
 y el polvo y la tierra apagaron la llama.
 También a esta la sepultaron.

Aunque nos movimos, sí.
 Me atrevería a decir que luchamos contra el peso.
 Como aquellos niños con el cuerpo pegado entre el desastre
 y la tierra del mundo
 seguro que gritaron,
 como nosotros lo hicimos

igual que nosotros
y agitaron el cuerpo, lo que les fue permitido.
Un grito y un temblor hermético
hacia dentro de sí
bajo una superficie
que no los escuchaba.

Y ahora,
que pasas los días mirando al techo
impasible,
escucho tu derrota
con una voz que habla también para mí
hermanos hechos de la misma herida,
de la carne o la costilla
hombres y mujeres
o algo más
el recuerdo de los días caducos,
un río subterráneo que alimenta las venas que corren
de un sitio a otro
a mi brazo
al tuyo
un ojo cerrado
descansa,
y mira el sueño agridulce de nuestras vidas.
De lo que fueron,
de lo que no tuvimos y no fuimos.

Lo sabemos,
el futuro es un verdugo impassible
pero el desdén es sólo nuestro,
el duelo

y la derrota.
Un gorrión caído no significa nada
ni un gigante,
la muerte es, para los demás, tan sólo un día de asueto.

No hemos perdido nada
contra nada ya luchamos
a ningún sitio llegamos,
lejos del terruño, no hay para nosotros a dónde volver.
Sólo queda mirar de vuelta al cielo y saber:
ha caído la noche.

SOFÍA GARNICA ESTEVA (Oaxaca, México, 1998). Estudió Antropología y Lingüística en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Así se baila la cumbia*

Karla Gasca

«Ser de León y no bailar cumbia es una contradicción hasta biológica», dice Daniel en la gasolinera. Le pide al despachador doscientos pesos de verde para su Chevy 2001 que jala de milagro. La China, novia de Daniel, se baja al Oxxo por un *six* de cerveza en lo que llenan el tanque. Junto a mí, en la parte de atrás, viene Rodrigo, el Rod, primo de Daniel. Es sábado por la noche y vamos rumbo a la colonia Diez de Mayo a una fiesta sonidera que promete.

La China se sube al coche, abre la caja con cervezas y nos ofrece una lata a cada uno para «ir calentando motores». Suena *Fuego*, de Bomba Estéreo, en las bocinas del Chevy. Daniel ha invertido más dinero en el equipo de sonido que en todo el auto. Estudió Antropología Social y está haciendo su tesis sobre los bailes sonideros de León. Se entera de las fiestas que se celebran cada fin de semana gracias a un grupo de Facebook. Corre el año 2017 y ninguno de nosotros ha escuchado sobre el covid-19.

Entramos a la Diez de Mayo por una calle sin pavimentar repleta de baches y piedras. El Chevy brincotea y el Rod, flaco y larguirucho, se pega en la cabeza con el techo. «Ya vamos a llegar», avisa Daniel con una sonrisa. La China baja el volumen de la

* Esta crónica forma parte del libro *Nemi. Historias de una ciudad* (Aridandante/Instituto Cultural de León, 2024).

música para detectar el baile sonidero. Conforme nos adentramos en una de las colonias más peligrosas de la ciudad, percibimos la inconfundible letra de la *Guaracha sabrosa* cada vez más cerca. Daniel se estaciona detrás de una camioneta Estaquitas y nos bajamos con las tres cervezas que nos quedan. «Aquí es», anuncia.

Caminamos unos cuantos metros hasta una cancha de fútbol de tierra que se ha transformado en pista de baile. El sonido está bien puesto en la parte de en medio, como réferi. Destacan cuatro bocinas de buen tamaño y un juego de luces debajo de un toldo.

«Vamos a bailar, mi gente. No queremos ver a nadie parado ni agüitado. Y diceeee viene para toda la bandera, sonidera, cumbiambera, caguamera. Saludos para el Chita; ya llegó el Niñote; ándale, Andrés. Un saludo para los Guerreros, los reyes de la tres cincuenta y siete. Corre que corre, vuela que vuela», dice el sonidero al micrófono. Su entonación me recuerda un poco a los merolicos de la feria que ofrecen cobijas San Marcos, colchas y toallas sin respirar. «Vamos a bailar en la Diez de Mayo con toda la bandera cumbiambera sonidera. Con toda la banda loca; puro pinche colega».

Nos acercamos con reserva; vamos tentando el terreno. Dos mujeres se colocan al centro de la pista. Una de ellas usa conjunto deportivo, la otra un vestido ajustado descubierto de la espalda. Ambas llevan el cabello teñido. Bailan juntas y mandan a la goma a un güey turulato con mona en la mano que termina bailando solo cerca de las bocinas. No muy lejos hay un puesto de comida. Venden papas con salsa Maga y caguamas Victoria. Las caguamas bien muertas se asoman en una tina rebosante de hielos. Daniel compra dos familiares y nos las pasa. La gente comienza a llegar. Sonido Pirata se encarga de poner sabor a la noche.

Un señor flaco de bigote con tatuajes en el cuello, playera holgada y bermudas, baila la cumbia de *El niño carita sucia* con

una muchacha que le saca por lo menos media cabeza. La toma de la cintura, se mueven bien; se discuten. La gente se coloca alrededor para ver de cerca a la pareja al centro de la pista de tierra. «El secreto está en la muñeca», asegura Daniel mientras el sonidero grita «¡échale, papá!». La China nos señala a otra pareja que comienza a robar miradas. Son un cholo y una mujer trans que muestra el vientre musculoso y tatuado. Bailan con maestría. Sus pies se entienden; no dan paso en falso, se la saben toda y la disfrutan. De fondo suena *La cumbia de las caleñas* versión rebajada.

«León es una ciudad sonidera al nivel de San Luis Potosí, Puebla y hasta Monterrey o la Ciudad de México. Aquí hay un montón de sonidos: Acapulco, Piter Boys, Sonido Alberto, Sonido Carlos, El Ranchero, Sonido Monaguillo, Sonido Tropical Llamada, Sonido la Raza, Sonido Picotero, La Cotorra, Sonido la Ruana, Sonido Pinky, Sonido Escoria y Sonido Cumbita», enlista Daniel emocionado.

Un morro de unos dieciséis años, con los pelos pintados de verde, saca a bailar a La China. «Ya te la bajaron», increpa el Rod a Daniel, quien le responde levantando el dedo medio. La China se defiende; da vueltas y regresa sin mareo. Mueve la cintura al ritmo de la música y sus caireles se agitan en el aire. Entonces Daniel me saca a bailar. «Soy bien mala», advierto. «No le hace», me contesta. Bailo como puedo; siento que mis pies se hacen nudo. «Estás pensando mucho. Mira, tú déjate llevar. Mi mano te va a indicar para dónde tienes que ir». El Rod cuida las caguamas y se ríe de nosotros o de la situación; difícil saberlo. Después de un rato agarro el ritmo y comienzo a bailar. No tan bien como La China o la chica trans, pero bailo mejor que antes. «Ya ves. Así se baila la cumbia», resalta Daniel. De fondo suena *Cumbia del monte*.

Una señora bajita saca a bailar al Rod, que no da una. Lo despachan antes de que termine la canción. Él no se agüita y le da un trago largo a su caguama. La nube de humo densa nos alcanza. Huele a mota y cigarro. La pista está llena. Se siente el calor del baile. Un don bien voluminoso baila *Muñeca esquivada*; se abraza y cierra los ojos. «Ya se armó la rueda. En la pista se destroza. ¿Dónde anda el Pelusa? A ver ese Pelusa», vocea el sonidero. Minutos después aparece en la pista un chico gay altísimo que interpreta pasos de baile exóticos, complicados. «Ese mi Pelusa. Enséñales a bailar», exclama el sonidero. La fiesta sigue, la tierra se levanta. Por ahí anda un rockero con el cabello largo engominado y playera del TRI que se echa unos pasos de baile flexionando las rodillas. El Rod y yo observamos la escena desde la orilla. Daniel y la China bailan *Corazón enamorado*; compiten con otras tres parejas expertas. Los demás se abren para darles espacio. Se lucen bajo un cielo nocturno despejado, en el que se alcanzan a ver unas cuantas estrellas. El Rod me toca el hombro y señala una esquina lejos del barullo. Dos hombres discuten. Uno parece ropero, el otro está mucho más chaparro, pero macizo. El gigante se acerca peligrosamente al chaparro y le da un empujón. En menos de un parpadeo se agarran a golpes. Otros dos sujetos se meten y comienzan a pelear «a puño limpio». De un momento a otro se arma la campal. Daniel nos jala a la China y a mí lejos del gentío. «Hay que caer antes de que llegue la tira», advierte. El Rod observa entretenido la pelea y camina sin despegar los ojos del terregal. Nos movilizamos al coche de Daniel lo más rápido que nuestros pies cansados lo permiten. El Chevy tarda varios minutos en encender. A lo lejos suena *La cumbia de las campanas*. Ya sobre la avenida vemos pasar dos patrullas a toda velocidad. El sonido de las sirenas musicaliza nuestra huida. «Estuvo bueno», dice el Rod y nos reímos.

*

Años después escucho a lo lejos los ritmos de Sonido Escoria de Chapalita y me llega el recuerdo de mi primera fiesta sonidera. Algo se celebra en la calle Canadá, un cumpleaños o fiesta patronal. El sonido de las cumbias junto a la voz del sonidero me recuerdan a Daniel bailando con la China bajo el cielo estrellado. Ambos viven en Yucatán y tienen una hija. Al Rod no lo he vuelto a ver desde ese día de fiesta en la Diez de Mayo. No tengo idea de si aprendió a bailar. Yo me conformo con poner cumbias de vez en cuando en los bares del centro y ver a las parejas moviéndose al compás de la música. Así la felicidad se contagia, igual que el ritmo de una buena cumbia.

KARLA GASCA (León, México, 1988). Es autora del libro de relatos breves *Turismo de casas imposibles* (Los Otros Libros, 2023), publicado en España bajo el sello Ediciones Liliputienses, y del libro de crónicas urbanas y relatos *Nemi. Historias de una ciudad* (Aridandante/Instituto Cultural de León, 2024). Fue becaria del PECDA Guanajuato 2022 en la categoría Jóvenes Creadores dentro de la disciplina de crónica. Ese mismo año ganó el primer lugar en el tercer certamen de cuento corto de la Casa de la Cultura Efrén Hernández. En 2023 obtuvo el apoyo Impulso a la Producción y Desarrollo Artístico y Cultural del ICL en la categoría de Literatura.

Crónica de una caminata nocturna*

Karla Gasca

*En memoria de Mitzi, Beatriz
y todas las que ya no están.*

Son casi las dos de la madrugada cuando salgo del bar Jaibol. Prendo un cigarro y observo la calle. No estoy lejos del departamento; treinta minutos caminando a buen ritmo o diez minutos en auto, pero no hay fondos suficientes en mi tarjeta para pagar un Uber; tampoco me queda efectivo, así que me pongo en marcha. Por suerte encuentro una bolsa negra de basura justo afuera del bar. Su olor es soportable; la tomo y me la cuelgo sobre el hombro. Estiro la capucha de la sudadera para cubrirme la cabeza y me encorvo. La idea es llegar sana y salva frente a la visión de las calles desiertas del centro de León, que parecen otras de noche.

Camino por la calle Pedro Moreno, que más adelante se convierte en Álvaro Obregón, y recuerdo la primera vez en que fingí ser pepenadora. Vivía en Puebla y tenía que llegar a casa, sola, de noche, después de una fiesta. Se me ocurrió la idea del disfraz, así que fui a la cocina del anfitrión y tomé una bolsa. Encontré una de buen tamaño y le coloqué algunas latas dentro. Una vez en la calle, y después de caminar un par de cuadras, noté cómo mi

* Esta crónica forma parte del libro *Nemi. Historias de una ciudad* (Aridandante/Instituto Cultural de León, 2024).

nuevo atuendo me hacía invisible. Para los transeúntes y automovilistas podía ser real o no. Podía ser un fantasma, al igual que los vagabundos y mendigos que deambulan de noche.

Paso junto a la Catedral, templo ubicado frente a la Plaza Benedicto XVI, que lleva este nombre por la visita que hizo el papa a León en 2012. A esta hora no hay nadie, excepto taxistas. Si no trajera mi atuendo improvisado, los choferes que no estuvieran durmiendo en sus unidades me preguntarían con insistencia a dónde voy y pedirían que me suba a su Tsuru tuneado de un sospechoso color verde. Paso de largo; ni siquiera voltean. Antes de dejar atrás a los taxistas recuerdo a Mitzi, la chica que el mismo año de la visita del papa se aventó de un taxi en movimiento luego de que el chofer la acosara. Las heridas provocadas por la caída le causaron la muerte. Tenía veinticinco años. Nunca se detuvo al responsable, y la lluvia de comentarios en redes sociales no se hizo esperar. La culpaban de su muerte por salir de noche, por emborracharse, por tomar un taxi en la madrugada.

Llego a la avenida Miguel Alemán, una zona comercial muy concurrida. Por la mañana y tarde reúne a vendedores de herramientas y electrodomésticos de dudosa procedencia, y por la noche destina una buena parte a la prostitución y venta de droga. Los letreros luminosos de los moteles viejos emiten un zumbido insistente que me recuerda a los mayates, esos insectos tornasolados cada vez más difíciles de ver que salían en tiempos de lluvia. Las cortinas metálicas de los locales exhiben grafitis hechos con aerosol y plumón. Disfruto la exposición al aire libre que sólo se puede contemplar de noche, cuando todas las cortinas están abajo. Un Oxxo resplandece en la esquina y evaluo la posibilidad de descansar cuando escucho que un auto se acerca. Es una patrulla con la sirena apagada que se pasa el rojo y sube a toda velocidad hacia el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, a donde me

dirijo. Reconozco en mí un repentino sentimiento de tranquilidad, no por la presencia de la patrulla (al igual que una buena parte de la población, no confío en los policías), sino porque más allá del Oxxo la oscuridad se extiende a sus anchas y promete protegerme de cualquier mirada.

Continúo mi camino y pienso en los insomnes y en los trabajadores nocturnos: veladores, *dealers*, bomberos, prostitutas, vendedores de tacos y *hot dogs* a la espera de borrachos hambrientos atraídos por el olor de la grasa. Siento simpatía por los noctámbulos que recorren la ciudad a esta hora, cuando la mayoría ronca. Observo la luna encima de mí y sonrío a la noche, que nunca es hostil por sí misma. Para algunos es el único refugio que les permite disfrutar de una relativa tranquilidad, sin todo el ajetreo cotidiano del día. Sigo mi camino y hago un recuento de las veces que me han asaltado, todas con el sol brillando, dos en el transporte público, rodeada de gente.

El ataque a Jacqueline también ocurrió a plena luz del día en un lugar bastante concurrido; fue agredida por un hombre en bicicleta que intentó arrastrarla a un matorral cerca de la estación de transporte Delta, en enero de 2019. Gritó y recibió varios navajazos, por suerte ninguno mortal. Unas personas que pasaban no muy lejos de ahí la escucharon y acudieron en su ayuda, ahuyentando al agresor. A pesar de la denuncia y de las cámaras de seguridad ubicadas afuera de la estación, las autoridades nunca lograron identificarlo y detenerlo.

El miedo me congela cuando escucho un ruido. Es un gato que olfatea unas bolsas de basura, y al verme corre a esconderse en un recoveco. Me recuerda al gato de Cheshire y fantaseo con lugares que aparecen de noche y desaparecen de día, similar a lo que ocurre con algunos comercios y espacios abandonados que se multiplican y avivan el sentimiento de inseguridad: terrenos

baldíos y casas deshabitadas; me estremezco al imaginar lo que se oculta entre las sombras.

Paso frente al hotel Tepeyac, todavía sobre la calle Álvaro Obregón, de camino al Santuario, y pienso en Beatriz. Tenía 21 años cuando fue asesinada en una de las habitaciones de este hotel en julio de 2016. Un escalofrío me recorre al ver el letrero de «Se solicita recamarera» sobre el vidrio polarizado de la entrada. A esta hora quisiera evocar únicamente pensamientos tranquilizadores, pero la memoria de estas y otras mujeres que ya no están me acompaña durante el trayecto. Es extraño, pienso; me enteré de su existencia por la noticia de su muerte. Cansada, considero mi situación. Estoy por llegar a la mitad del camino.

Cruzo la calle Florencio Antillón, en la colonia Obrera, hasta llegar a las escalinatas de piedra de la calle Belisario Domínguez, en donde ratas del tamaño de gatos husmean en la basura. Cuando paso por aquí me sorprende la presencia de una inmensa jaracanda que desentona completamente con el paisaje descuidado. Me olvido de la bolsa de basura que forma parte de mi *performance* y subo a toda prisa. Intento recuperar el aliento y tomo un descanso junto a la Santa Muerte, a la que dejaron latas de cerveza, anforitas de mezcal, flores y fotografías.

Termino de subir las escaleras y exploro la zona. Encuentro un palo, lo tomo, camino con él como si fuera senderista y al final me decido a tirarlo. Prefiero una piedra; no es grande y puedo guardarla en la bolsa de la sudadera. Reconozco que en este punto del camino necesitaré más de un amuleto que de un arma. Volteo a mi alrededor por si encuentro arena de cantera para la construcción desperdigada y tomo un puño; es fácil llevarla y se puede lanzar directamente a los ojos.

Es momento de cruzar la calle Puebla en la colonia Bellavista, que, al igual que las colonias Chapalita e Industrial, es conocida

por las riñas entre bandas y balaceras. Coincido con eso de temerle más a los vivos que a los muertos y prefiero las calles vacías. Recuerdo nuevamente las veces que me han asaltado y aprieto el paso. He llegado a un punto en el que tengo que elegir qué camino tomar.

Hay quien dirá que caminar por la calle Campeche, a la derecha, es más peligroso que atravesar las calles de la colonia Arbide, a la izquierda, pero elijo ir por la derecha. En una ocasión, un sujeto en bicicleta se me acercó a plena hora del día para enseñarme el pene y gritarme puta. En otro momento, un tipo en motocicleta intentó robarme el iPod cuando aún creía posible caminar escuchando música; me amenazó con un cigarro encendido y huyó más nervioso que yo. A esto se suma el ataque de cuatro asaltantes que intentaron quitarme una bolsa; todo esto en la colonia Arbide, donde vivo.

Esta noche tengo suerte. A un par de cuadras del departamento me tranquilizo, bajo el ritmo y disfruto la sensación de estar cerca, a punto de llegar. Admito que me gusta cómo funciona a esta hora: atenta, concentrada, con los sentidos en alerta.

Lanzo un suspiro al cruzar la reja que divide la calle del estacionamiento. Los edificios viejos con grietas y pintura descapelada me dan la bienvenida; parecen gigantes cansados a la espera de un derrumbe. Escucho que alguien entra detrás de mí. Es una vecina que acaba de bajar de un taxi y le noto una expresión triunfal, parecida a la mía. Nos damos las buenas noches y cada quien camina a su edificio. Antes de subir las escaleras siento el viento frío en la cara y echo un último vistazo a la luna. Su luz me acompaña hasta la puerta del departamento, donde al fin puedo desaparecer.

Cinco poemas del libro
Lensi lusikka suussa
(Voló con una cuchara en la boca)

Elsye Suquilanda

Musiquita para un vertebrado dominical

Agárrate de Marte
saturnéa el esqueleto

Dj Mercuria
toca Tierra

Pégate un pasito Urano
Jupitéa Jupitéa Jupitéa

Neptunéa la imaginación
Ponle salsa a la meditación
con saltashpa sal de la depresión
Venus vals en tu corazón.

Alcachofa time

En una de las piscinas de mi mente cuerpo inerte en movimiento
suspendido en el limbo venas largas me ata la respiración me infla
los glóbulos terráqueos
Alcachofa time.

Navega libre volcán

Mañana cuando vuelva a tener seis años
me vestiré de oveja blanca
iré a visitar a mi amiga Olivia
comeremos pasto fresco
nos revolcaremos de júbilo

Cantaremos un par de balidos
no para los dioses
sí para nuestras amigas

Seremos libres
te iremos a visitar
y nos invitarás a pasar a tu lodo-room
rebuznaremos a todo pulmón

Mañana cuando vuelva a tener seis años
no me volcaré en un bus cafetera
el chofer no se dará a la fuga
no habrá deudos desconsolados

Mañana cuando vuelva a tener seis años
seré una oveja libertad.

Cucarachas sobrevivientes after muro

Infierno
Perdón
invierno del 2009

Menos 21 grados
calles congeladas
miles de caderas descaderadas piernas rotas
brazos en posición desposeionada

Abrigo sin cierre
cebollita *style*
neumonía
quiere que la haga mía
me besa
mientras me bebo una cerveza

Pata de perro
me pide que no lo deje
que filme sus anécdotas que el río
congela

El papel higiénico como la bufanda de
Tatiana
me envuelve los orificios inacabables
de mi nariz de palo

Los dedos se me caen tocan
fondo

la cámara se infarta nos deja
su último respiro

El celuloide huye en metro
la nieve lo atrapa con cinco metros
por encima de su cabeza

Cucarachas sobrevivientes pasamos
la prueba

Un mal cambio de aceite en la temperatura
Le bajó la frialdad

Unicornio acuático

Plantas de la sierra
temperaturas bajo cero
en las cavidades internas
del estómago del lago

Escenario preparado por los ancestros
la niña
el niño
un monito de peluche
sentados se disponen a presenciar
la majestuosidad

El unicornio acuático
con su terno de baño de flores de Bach
Levanta su cabeza de entre las aguas
saluda

Nada, nada, nada sin parar desaparece
los patos hunden las cabecitas
para ver dónde está

El unicornio acuático
sale a escena
se vuelve a diluir en el agua
Los niños aplauden

En el *background* del escenario
está el imponente Cayambe
testigo del amor de este unicornio acuático
y sus unicornios de tierra

El unicornio acuático es de las costas
universales
el unicornio acuático es mamífero
el unicornio acuático tiene poderes de madre
el unicornio acuático abraza a sus polluelos
les besa la frente

Y se diluye nuevamente en el óleo del lago

ELSYE SUQUILANDA (Quito, Ecuador). Poeta, escritora, artista del *performance* y generadora sonora visual. Estudió cinematografía en el Columbia College of Fine Arts, en Chicago Illinois, y producción de radio y televisión en el instituto Cuesttv Quito, Ecuador. Es autora de *Lensi lusikka suussa (Voló con una cuchara en la boca)*, *030- Berlín*, *Transición de Cenicienta de Späti*, *Agua de mono eau de toilette spree*, *Te envió mis amígdalas en una paloma mensajera* y *Cortina de circo popular*.

Caminar

Ismene Venegas

«¿Vamos al cerro a llevar a los perros a caminar?»; «¿me acompañan?», preguntaba mi papá. Y yo, que era una niña, estuviera haciendo lo que estuviera haciendo, me ponía los tenis y me emocionaba, igual que nuestros perros, ante la idea de ir con él. Generalmente caminábamos poco antes del atardecer. Me gustaba observar la colonia desde el cerro: las casas empequeñecidas, la cancha de básquet, las copas de los árboles. Y del otro lado del cerro, la impresionante vista de la bahía desde lo alto: el mar en toda su extensión, desde el puerto hasta la Punta Banda; y en el horizonte, la isla.

Volví a esos senderos hace dos años, cuando regresé a vivir a la casa donde crecí, luego de dos años pandémicos de terror, en los que se me desestructuró la existencia. Caminar se convirtió en una herramienta necesaria. Un recurso para no dejar de intentar, para no sucumbir. Un ejercicio constante, el único que logré mantener en pie durante el derrumbe. Con la cirugía de agosto tuve que dejar de moverme. Iniciando el año me practiqué unos exámenes de laboratorio que la ginecóloga me pidió. La glucosa apareció ligeramente más alta que la cota superior del límite normal. No es diabetes todavía, dijo la doctora Gilda. Pero con ambos índices de colesterol aún por encima de su normalidad (aunque más abajo que en agosto) la glucosa pareciera anunciar que me dirijo con determinación hacia allá. ¿Cómo puede ser eso posible si desde

agosto dejé de comer trigo, arroz y lácteos? Además, incrementé mi consumo de verduras y frutas, y de pescado también. Le bajé a las carnes rojas. ¿Y así me paga mi metabolismo?

Hoy es viernes 19 de enero, son las 3:20 p. m., y desde lo alto del cerro el mar se ve de un color plateado. El sol brilla débilmente a través de nubes y neblina. La temperatura es de 18 °C, con una máxima de 18° y una mínima de 10° durante el día. La marea está subiendo en este momento y alcanzará la pleamar a las 5:57 p. m. Casi cincuenta minutos antes, a las 5:08 p. m., el atardecer tendrá lugar. Mientras hacía el registro de la bitácora, sentada en el piso de concreto del depósito de agua que CESPE edificó en la loma más alta del cerro y que tiene todos sus flancos grafitados, observé a la distancia a un niño con uniforme escolar que avanzaba, acompañado de un perrito, por un sendero. Me dispuse a hacer anotaciones y así estuve hasta que el niño que paseaba a su perro se acercó a preguntar lo que hacía. Le conté de la bitácora y él me contó de lo interesante que encontraba al mar y de los pescadores furtivos que están acabando con los tiburones y la vaquita marina. Conversamos por unos momentos. Después se despidió y tomó el camino que lleva a la loma de San Marino. Yo continué ensimismada en mis notas, y de pronto el ruido cercano de un animal me arrancó la mirada del cuaderno. Lo traté de seguir con el oído, pero no logré encontrarlo, a pesar de que escuché sus pasos en la hierba un par de veces más. «Un ratón», pensé. Algún tipo de roedor silvestre. Lo anoté en el cuaderno como registro de un evento, de un accidente de navegación. Ese fue el primer registro.

A partir de la cirugía detuve mis caminatas en el cerro. Un mes y medio de reposo y dieta blanda. Empecé a caminar de a poquito. Una vuelta a la cuadra. Diez minutos de pasos raros (el ombligo, que tardó en cicatrizar, le concedió un carácter robótico a

mis movimientos). Caminar desde casa hasta las canchas de básquet de la colonia y de regreso fue la primera gran proeza. Cada semana aumentaba la ruta en unos minutos, en unas cuadras. En algún momento, no recuerdo bien cuándo, comencé a recorrer el ancho de la colonia a través de la calle París y su continuación, del otro lado de la avenida Miguel Alemán. Todo el tiempo sobre el asfalto; las cuestas y las laderas pedregosas del cerro tendrían que esperar más tiempo. Así, mediado por el ritmo espeso de la recuperación, nació el aprecio por las calles de la colonia y se fue extendiendo a los jardines, las plantas y los floripondios, los perros y los gatos, los accidentes de las banquetas, el olor de los frijoles pintos en cocción que escapa de alguna cocina o del suavizante de telas de la ropa tendida y memorias que despiden en forma de aromas las calles.

Ahora, después de cerca de seis meses de que ya no tengo útero ni ovario izquierdo ni tejido endometrioso, ya puedo subir a caminar al cerro. Es medio un trámite, porque cuando voy, me tardo: veo las florecillas de los saladitos abrirse o las salvias que despiertan sus brotes con las lluvias; veo a las aves comiendo semillas y cómo levantan el vuelo con mis pasos, y al cernícalo solitario que no se espanta con mi presencia. Veo el paisaje reverdecer. Hay tanto que ver allá arriba que me distraigo al caminar. Entonces, debo ir con tiempo. Logro ir al cerro sólo si me organizo para tener libre hora y media o dos horas para caminar antes del atardecer, que además ocurre bien temprano en invierno; las horas de sol no alcanzan para casi nada. Aunque es totalmente cierto lo que acabo de decir, la verdad es que durante diciembre encontré harto pretexto para romper la continuidad de las caminatas, pero nunca me sentí tan motivada para retomarlas como después de recibir los resultados del laboratorio clínico. Camino a diario, después de comer, por las calles de la colonia. Y si tengo suerte y

me organizo, dos o tres días de la semana hago un paseo largo por el cerro o por la playa.

Ayer, al caminar, me encontré con los rescoldos de una tragedia: un flan, con el caramelo hacia el suelo, hecho pedazos en la banqueta. Al ver los restos iluminados por los faros del auto que pasaba en ese momento por la avenida París, me acordé de una historia que me contó mi hermana en el sótano de su casa en Filadelfia. Era un invierno de vórtice polar en la costa este y mi hermana la estaba pasando mal. Apenas había podido reunir dinero suficiente para pagar la última recarga de gas del sistema de calefacción de su casa antes de que la visitara. Acababa de divorciarse y todo lo que ganaba lo invertía en pagar a un abogado para que le ayudara a obtener la custodia de su hija. Vivía con su nueva pareja, un franco-portugués con el que peleaba a gritos en el sótano sin saber que las paredes reverberaban sus discusiones violentas en cada rincón de la casa. O quizá sí lo sabía. En el sótano, nosotras fumamos juntas algunos porros, una costumbre que nunca habíamos compartido. Estábamos ahí, fumando y lavando ropa, cuando me preguntó:

—¿Te acuerdas de la vez que se te cayó la bola de helado en la calle y la recogiste del suelo?

—¡Claro que no pasó eso, estás loca, lo recordaría! —espeté, mientras las dos nos deshacíamos en carcajadas.

—¡Por supuesto que pasó! —dijo mi hermana—. Fuimos caminando a la Thrifty del centro, nos pedimos un cono sencillo de nieve sabor cereza con amaretto y a ti se te cayó en la calle. Recogiste la bola de helado de la banqueta, le quitaste la tierrita, la volviste a poner en el cono y te seguiste comiendo el helado como si nada hubiera pasado.

La verdad es que no tengo registro del evento y pienso que lo recordaría porque de niña las golosinas eran mi fascinación.

Por ello, tengo memorias vívidas de dulces, pastelitos y frutas que comí de chica. En casa y en la escuela mi hermana y yo teníamos un muy limitado acceso a los dulces y a la comida chatarra. Cuando los comía (de visita en casa de algún amiguito, en alguna fiesta de cumpleaños, en alguna ocasión especial) los devoraba como demonio de Tasmania y no paraba hasta acabarme la fuente de lo prohibido. Los helados eran de los poquísimos azúcares que mi madre nos permitía comer. Por otro lado, las bolas de helado de la Thrifty, a razón de la naturaleza del artefacto con el que las sirven y la baja temperatura en la que se almacenan, forman un cilindro compacto que, digamos, es más sencillo de manejar para unas manitas infantiles que una bola clásica de helado cremoso. Es decir, a pesar de que no recuerdo haber tomado del suelo a la bola de helado, ni tampoco haberle sacudido la tierra, ni mucho menos haberla colocado en el cono de vuelta para seguirla comiendo como si nada hubiera pasado, pienso que es factible, posible, que tal hecho que no recuerdo haya ocurrido. Pero no lo recuerdo. Tampoco sé a quién se le cayó el flan en la avenida París ni las circunstancias que rodearon la tragedia. Guardo la imagen de la banqueta que estaba húmeda. Por la calle corrían los escurrimientos de una lluvia que cayó poco antes y los faros de un auto que pasaba por allí, los cuales iluminaron el recuerdo de ese día en el sótano.

Caminar en el cerro un poco antes del atardecer es una excelente ocasión para estallar. Volar en pedazos. También es un buen momento para la observación de aves rapaces. Desconozco la ciencia etológica que explica este hecho, pero dos años de ir a caminar al cerro un poco antes del atardecer lo corroboran: cuando todo se baña de la luz cálida que arroja el sol momentos antes de hundirse en el horizonte, puede apreciarse al cernícalo, cuyo nombre científico es *Falco sparverius*, mientras dibuja grandes

círculos en el aire para, después de sostener el vuelo en un punto por espacio de algunos segundos, barrer las praderas con la mirada en busca de su presa.

Luego del derrame cerebral, mi papá dejó de ir al cerro. Tras la emergencia, la afasia le había quitado gran parte del lenguaje. Para comunicarse necesitaba reunir mucha paciencia y resistencia a la frustración. Era difícil. Se fue aislando de su mundo anterior al derrame. Pero no dejó de ir a caminar. Sus caminatas se mudaron a la calle. «Voy a caminar, al rato regreso», le decía a mi mamá, y desaparecía por horas. Yo no vivía en Ensenada en ese entonces, pero por redes sociales me contaban amigos y conocidos que habían visto a mi papá caminando por lugares que nunca se me hubiera ocurrido pensar que él podría andar. Saber eso de mi papá me generaba una sensación extraña, parecida a la que tuve más tarde, el día de su servicio funerario, en el que escuché a personas hablar de un señor que no sabía que era mi padre. Me pareció sumamente infantil el ardor de saber cómo tocó la vida de otros mientras no estaba conmigo, pero me concedí el permiso de sentirlo; todo sonaba tan irreal en ese momento.

Mi papá compartía su caminata por la calle con gente de la que yo ignoraba que tuviera una conexión con él. Gastón, por ejemplo. De niña no tenía amistad con los chicos que se juntaban en las canchas de básquet, pero me gustaba verlos jugar mientras cruzaba la colonia caminando a lo largo de la calle París para ir a donde vivía Casandra, mi compañerita de la escuela. Gastón era parte de la fauna de las canchas. A veces me lo encontraba en mi camino a la tiendita. Me parecía chistoso; me caía bien porque se reía de todo. De adolescente escuché una historia sobre un pelotazo en la cabeza que había cambiado todo para él. Yo nunca había notado un cambio o que él fuera diferente. Supongo que en las canchas y en los columpios todos éramos iguales. Luego de la

prepa me fui a vivir al DF y ya no supe nada de los chicos de las canchas ni de Gastón, sino hasta muchos años después, un verano de los tempranos dosmiles, en la cocina del restaurante Manzaniilla. Durante los veranos, en la temporada de las vendimias, el volumen de trabajo en las cocinas locales tomaba dimensiones exponenciales y se necesitaba ayuda extra. Así llegué a esa cocina como practicante, cuando aún estudiaba gastronomía, y así también llegó Gastón como lavaplatos. Nunca corroboré la historia del pelotazo, pero esa vez que nos vimos, y a pesar de que conservaba la capacidad de reírse de todo, sí noté algo diferente. Fue lindo el reencuentro, no sólo porque nos hermanaba la madriza de la carga laboral de la cocina (que convierte en reto sobrevivir en equipo y termina por acercar amistades y complicidades entre el *crew*), sino también porque nos acordábamos bien, mutuamente, de nosotros y de nuestras diversiones infantiles, que no es lo mismo que puedo decir de muchos de los chiquillos con los que compartí la infancia en la colonia.

A mi regreso definitivo a Ensenada con la muerte de mi papá, cuatro años después de ese verano, volví a encontrarme con Gastón. Yo salía de la tiendita de la esquina, a una cuadra de mi casa, y él corría sobre la calle París enfundado en un *short* deportivo, calcetas blancas, tenis y sudadera. Al fondo de la calle atardecía cuando, desde lejos, me reconoció y se acercó a saludar. Sin dejar de trotar en el mismo lugar, me acribilló con preguntas y frases entrelazadas. Apenas podía contestar una pregunta cuando ya me estaba atropellando con la siguiente: «¿Cómo estás? ¿Cómo está Solange? ¿Sigues cocinando en el Manzanilla? El otro día vi a tu papá y caminamos juntos para allá por la Volkswagen. ¿Cómo está? Hace mucho que no lo veo. Me lo saludas. Ya me voy. Te quiero mucho». Entonces retomó su carrera y yo me quedé atrapada entre el color del cielo y la extraña idea de saberlos juntos

caminando. Me suspendí en ese estupor con el que el duelo te abraza, mirando hacia el final de la calle, en la que Gastón se hacía cada vez más pequeño mientras el cielo ardía en llamas.

Hoy, miércoles 7 de febrero, a las 16:28 horas, el mar, desde la playa Pacífica, luce de un color verde gema. Turmalina. La marea está baja y la arena conserva el trazo de la lluvia de esta mañana. Sobre los bancos de conchas que se forman en el suelo vi a unas aves playeras diminutas. El termómetro señala 12 °C. La temperatura máxima del día fue de 14°; la mínima, de 9°. Me acerqué a la orilla por las dunas que están detrás de La Lagunita; el mar estaba alejado. Recorrí a pie la costa hasta Playa Hermosa. La arena, apenas humedecida por una delgadísima ola, tenía la gracia de un espejo, en el que me desconocí: ¿se trata de mí o de otra que viene al mar cuando duermo y sueño que voy a la playa? De regreso tuve que subir a la calle porque la marea había cambiado y el mar ya rompía sobre las rocas del paso por el Oxxo.

Al caer las lluvias de invierno el cerro reverdece. Llovió tanto la temporada pasada que en las laderas del lado norte nacieron muchísimos pastos de avena silvestre. En primavera las espigas eran tan altas que superaban mi estatura. El viento las peinaba formando olas que fueron mudando su primaveril color verde a un paja dorada antes de morir en verano. Este invierno los cuerpos de numerosas ramas secas de avena cubren el suelo. Son plantas anuales, sólo viven durante el tiempo que el suelo permanece húmedo. Mientras camino esta mañana por el sendero norte del cerro mis pasos se hundían en la tierra, que está reblandecida por las lluvias, pero también está atacada de hoyos: las bocas de madrigueras y pasillos bajo tierra de roedores que, probablemente ayudados por la red de avenas secas que se ciernen sobre la tierra, han logrado esquivar a las aves rapaces y se han multiplicado.

A cada paso que doy colapsan los conductos de ciudades subterráneas.

Mi hermana me cuenta que eran vacaciones de verano. Ella iba en la secundaria y probablemente yo haya tenido unos ocho o nueve años. Dice, mientras saca la ropa de la lavadora para meterla en la secadora, que mis padres nos habían dado dinero para tomar el camión al centro y realizar alguna diligencia que ni ella recuerda. «Cuando nuestros padres se fueron a trabajar y nosotras nos quedamos solas —continúa— yo te propuse que en lugar de tomar el camión camináramos al centro para ahorrarnos el pasaje y así, con ese dinero comprarnos un helado en la Thrifty». Para llevar a cabo el brillante plan de mi hermana debíamos caminar cuesta abajo el cerro y luego de regreso: desde la Cruz Roja hasta el centro, por un costado de la calle Diez, la avenida que toman los tráileres para entrar a la ciudad. Ni el ruidoso frenado con motor ni el batir del aire que cimbraba nuestros cuerpos infantiles nos amedrentaron. Yo no recuerdo recoger la bola de helado del suelo; pero sí caminar por la angosta banqueta de la calle Diez, cuesta abajo, con mi hermana. No lo recuerdo, pero me creo perfectamente capaz de haberlo hecho. Dudo mucho que hubiera podido soportar la caminata cuesta arriba sin armar un numerazo, a menos de que me impulsara la alegría de llevar un cono de helado conmigo. Mucho menos hubiera soportado caminar al lado de mi hermana mientras ella saborea un cono de helado y yo no. Pero ¿recoger del suelo la bola de helado, limpiarle la tierra y comerla como si nada? No lo recuerdo, y creo que lo recordaría; sin embargo, me creo muy capaz de haberlo hecho. ¿Qué me habrá arrebatado el recuerdo? ¿La vergüenza de asumir lo que soy capaz de hacer por un cono de helado o lo que soy capaz de hacer para evitar caminar cuesta arriba derrotada? Si fuera la vergüenza la que me quitó esa memoria, ¿cómo explicaría Oliver Sacks el hecho de que recuerde

muy bien otras cosas que me dieron vergüenza y este episodio no? ¿Soy yo la que edita mi memoria o es la otra que está despierta cuando yo la sueño? Una que va editando el acervo mnemónico hasta que la otra está lista para recordar. En mi versión editada el helado de cereza con amaretto nunca se me cayó. Se le cayó a la niña que me criticó los tenis por ser baratos, y camino al suelo el helado le embarró la ropa, como al Jefe Górgory en *Los Simpson*, pero su mamá le compró otro a la llorona.

ISMENE VENEGAS (Ensenada, México, 1977). Es licenciada en Gastronomía por la Universidad del Claustro de Sor Juana. Publicó *Plantas nativas comestibles de Baja California* (Culinary Art School, 2018), en coautoría con Paula Pijoan.

Dos poemas

Pablo Piceno

poemas para una poeta que se va

estábamos a media luz
a media oscuridad
a medias

estamos

cuando aparezca la noche
o aparezca el día sin ocaso
ya no estaremos y será una lástima

parte de lo que soy es absolutamente todo
como lo que fui contigo
por no haber sido
se mantiene en mi memoria

—en mi mente llueves todo el día
tu memoria me inunda en una selva poblada de animales raros

y frutos que maduran y no terminan de brotar—

•

otro recuerdo:

el verano pandémico
oyendo a tangana y comiendo las palabras sobre la colonia como
un placer culposo
tu tatuaje recién vuelto un globo aerostático
un fuego mántrico tu sonrisa sobre todo cuando algo se volvía
solemne
tu burla de las entidades metafóricas
de la trascendencia
tus talleres con los niños de poesía sobre árboles y jardines y
hongos arbitrarios
el halo de la infancia en pleno

luego darnos besos y coger sobre un sillón maltrecho remedo de la
artillería pesada de algún revolucionario discurso de carcaño
apelmazarnos y hacernos —que término raro— el amor

poco más

tu sonrisa abarcándolo todo
un globo terráqueo con los países revueltos las capitales occipitales
del neurocráneo que era mi desolación buscando solaz
tu mirada el *axis mundi*
tus manos aligerando el peso de existir en un mundo en el que la
poesía no vale nada

tu poesía aligerando la poesía que no vale nada

•

algún día cercano partirás
a las tierras del maple
como partiste esta tierra
(estas aguas si se quisiera ser bíblico
cf. abrir paso a la libertad)

y todxs cuantxs nos quedamos
llegará el día en que querremos emigrar adonde estés pero habrá
pasado tanto que no lo sabremos
nuestro sino será ir errando por la tierra que partiste remendando
sus trocitos

qué bastardo amor nos legas
la ceguera de buscarte en los escombros que no eran
cuando a tu sombra nos sentamos a cantar la plasticidad del
mundo, un wokcito en la sala de tu casa, la alegría

•

qué recuerdos
jorge drexler en la carretera México-Puebla
tu planeta de los furros y el omegle
tu molestia de que siempre reine la poesía blanca
y las quejas porque la empleada doméstica exija una paga justa
tu objeción a todo eso

el letrero de no dejar de amar nunca
colgando de tu frente
tu tapete de bienvenida que rezaba

*este mundo es una mierda
pero nos tenemos a nosotrxs y a mis gatos
o a la inversa
tu demencia miscelánea
la cordura que me dejó pensativo
desde el día que llegaste con una mochilita pidiendo *ride* a
querétaro y el deseo de ir tan ligero como tú
sin tanta paja*

toda instantánea de ti que no tiene final

•

esa vez en el barroco
con ojo crítico y moreno valle vivo
interviniéndonos los celulares

y que al salir a petición de un servidor leíste
mi tío guille es puto
(qué risa el útero del amor
qué tanto anida en él)

leímos un ensayo de montalbetti o leí
para darle un marco teórico a nuestro deseo de decir
qué derroche del gasto público y qué barroco el barroco para unas
calles tan pobremente pavimentadas
la lava del idioma que era lava de un popo adormentado
la hermosura del paisaje que años después verías a diario
pensando en Puebla con más ternura y cuidado que tanto poeta
y esteta que se ha ido y desdicho maldecido nuestro ranchito

empanizado y mochilón
soltando otra moraleja:

el secreto de querer lo amado
está en querer quererlo
el resto es *vanitas vanitatum* una obcecación
un desierto por corazón
una coraza

poemas para una atleta //epifanía del family fitness

no sé si es amor
pero ver tus piernas extendidas
sobre el pasto sintético del family fitness
en pleno sol de la tarde
como dos sauces pariendo el planeta marte
se lo parece tanto

•

ayer descubrí tu tiktok
contando todo lo que te molesta del gym
un himno a la empatía
como tú la diosa caída a la tierra saludando a todos por igual
y tu opción preferencial por los pobres
los explotados de esa cadena de gimnasios
abrazando a nina la delgadita del aseo queriéndola
tratándola como a un humano
cómo no infatuarme así?

•

tu sonrisa levantando pesas
el rellano del amor
el alivio de las penas
la mesa de los coetáneos
compartiendo el pan del sexo
la sal del sudor postorgásmico
abrazado uno al otro

•

cuando me enamoré a los trece
a los dieciséis
a los veinte
a los veintitrés
ayer
antier
también escribí piensos como este
pero nunca sobre unas piernas iguales
sobre las nalgas más torneadas de la región cholulteca
y en una de esas de la vía láctea entera
sobre el ciego solaz del afecto
del atávico deseo por un cuerpo ya deificado
sin transformación necesaria

intuyo que esto molestaría a san pablo
a sus tiendas convertidas en cuerpos angélicos cuando venga el señor

lo sentimos el número que usted marcó ya existe
el triste final de la trascendencia es el cielo en la tierra, pablito

que baje dios y la vea
el día que te pensó debió estar muy de buenas
o muy excitado o muy lleno de sí
sitiado en su epidermis

•

como no te conozco
ni sabría pintarte
ni sé si hoy mismo te he de soñar
y por eso tal vez mañana te olvide
o te mire andar y no te reconozca
—porque cambiamos todos—

como todo eso ha de pasar
me tomaré en tu honor una copa de vino
y te escribo estas coplas para disecar el encanto
por los ojos tuyos que nunca me han visto
y por tus manos que nunca he tocado

no saldré del pueblo si bebo del pozo
ni soñaré el sueño si me invento un nombre

(gira a intermitencias la cajita de música
y te borda como un memorial
la carne de la plegaria
arrumbada en la sombra)

•

me borraré el corazón de bad bunny
que me tatué en el brazo izquierdo
me da pena traerlo desde que vi hoy
en tus cajas de texto
que no te gusta el reguetón
(mucho menos su profeta mayor)

lo asumiré como un reto:
dejar de oír reguetón por el tiempo que me quede de vida
o por el preterido intento que me quede antes
de que me bloques de tus redes sociales

entablaré conversaciones sobre la historia del rock
leeré y releeré on the road de kerouac
la tumba de José Agustín
alistaré maletas y el verano iré
al tomorrowland de Bélgica
keinemusik en eme
raves de neomampostería

aprenderé a ser equivalente a tu deseo
aunque me enfrente contra mí mismo
aunque no sea ya nunca yo

•

si todavía guardas el vestido blanco
que te envié en secreto
si un día lo llegaras a usar

piensa que ningún mal habita en mí
que el deseo de amar y ser tocado por la gracia
no es culpa de nadie
y nadie sabe decir lo que ama
cuando aquello que ama
lo toma por sorpresa

uno hace lo que puede con lo poco que tiene
aunque quiera hacer más

•

estos poemas los escribo hoy junto a la barra de peso muerto
porque tú no estás y no tengo necesidad de impresionarte
porque por no verte me siento así
y porque el tiempo es tan breve
y mi memoria pésima y tengo que escribirlo todo
pero tu mirada no:
esa no la borra ni la ultimísima actualización del whatsapp
ni el eclipse más grande avenida en treinta décadas
ni la gesta heroica de levantar la barra más pesada
con el alma angustiada apretando mi humanidad diminuta

tu mirada permanece
maneant semper

PABLO PICENO (Wolfsburg, Alemania, 1990). Estudió Literatura y Filosofía en la Universidad Iberoamericana, campus Puebla. Es autor de *Metáfora del sol ilustre* (Proyecto Literal, 2017). Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino 2018 por *La Castellane errante*.

Libros y lecturas

Agustín Guambo

1. ¿Qué representa para ti un libro?

Un libro, para mí, es un rastro. Una especie de testimonio fósil que alguien dejó atrás en un momento de ambición o desesperación (a menudo ambas). Los libros tienen este potencial transformador del que tanto se habla, pero también son peligrosos. Están en el filo: puedes emocionarte o terminar desilusionado, a veces incluso ambas cosas al mismo tiempo. Para mí, los buenos libros no proporcionan respuestas; dejan preguntas que te siguen acosando mucho después de haberlos terminado.

2. ¿Qué autores jugaron un papel fundamental en el desarrollo de tu vocación?

La pregunta sugiere un mapa ordenado que no existe. Mis influencias son desordenadas, a menudo contradictorias y, en su mayoría, inconscientes. Hablar de autores específicos se siente un poco como hacer una lista de compras pretenciosa: Borges, Woolf, Kafka, bla, bla, bla. Las listas se las dejo a los críticos que necesitan rellenar columnas o justificar su salario.

3. ¿Qué te han regalado los libros?

Tiempo. Aunque sería más preciso decir: la ilusión de tiempo. Los libros te hacen sentir que estás fuera del tiempo, aunque en

realidad, pienso, sólo estás inmerso en una versión más ordenada y menos cruel de este.

4. ¿Cómo te fuiste introduciendo en el mundo de la lectura?

Creo que no fui yo quien entró en el mundo de la lectura; más bien, ella entró en mi mundo. A la lectura le agrada la gente silenciosa. De niño era casi patológicamente silencioso, y los libros llegaron como esos cómplices que no te juzgan, no piden nada, pero de alguna manera siempre te están exigiendo más. Es una relación casi parasitaria, pero de esas que no quieres abandonar.

5. ¿Qué libro que leíste en tu infancia sigue rondando en tu cabeza?

Dos. *El Superzorro*, de Roald Dahl, me enseñó que ser astuto no está mal, y *Los cachorros / Los jefes*, de Vargas Llosa, porque fue la primera vez que sentí que los personajes no estaban actuando, estaban siendo.

6. ¿Realizas lecturas unitarias de autores —para captar su espíritu— o lees una novela de uno y otra de otro?

Al principio era metódico. Si un autor me interesaba, buscaba todos sus libros como un obsesivo que no puede dejar un rompecabezas a medias. Ahora, mi método es el caos: leo lo que quiero, cuando quiero, aunque no lo necesite. A veces se siente como un acto de rebelión; otras veces, como un autoengaño perfectamente justificado.

7. ¿Qué libros están presentes en los tuyos?

Es complicado. Los escritores somos caníbales. Lo que leo inevitablemente se filtra, se transforma, a veces hasta se mutila y regresa como algo completamente distinto. El canibalismo es mi pastor.

8. ¿Qué libros has releído?

Releo fragmentos más que libros completos. Aunque he vuelto a novelas de Bolaño o al *Aullido*, de Ginsberg. Lo que realmente me obsesiona son ciertos poemas o pasajes que funcionan como imanes. Uno de ellos es *El arte de la poesía*, de Kenneth Koch.

9. ¿De cuántos libros está compuesta tu biblioteca y qué podemos encontrar en ella?

Suelo pensar que las bibliotecas son un reflejo de nosotros mismos: la mía es incompleta, desordenada, pero con ciertos orgullos. Tener el *Splendor*, de Enrique Verástegui, es uno de ellos. Otro es la colección de libros que me han regalado mis amigos, que son como un recordatorio tangible de que las conexiones humanas a veces no son del todo terribles.

10. ¿Cuál es el libro que te ha impresionado más y por qué?

En los extramuros del mundo, de Enrique Verástegui. Fue como entrar a un país desconocido donde el idioma es familiar, pero la gramática es completamente híbrida, alienígena. Me hizo replantearme todo lo que entendía por poesía.

11. ¿Qué significa para ti publicar un libro?

Publicar un libro es como sellar un ataúd. Lo digo sin dramatismo, aunque quizás lo haya: una vez que está ahí afuera, ya no es tuyo. Se convierte en algo que los demás diseccionan, critican o ignoran, y tú no puedes hacer nada al respecto.

12. ¿Con qué autores te nutres actualmente?

Leo más novelas que poesía últimamente, porque la narrativa tiene esta capacidad de absorberte completamente y hacerte olvidar, al menos por un rato, que el mundo exterior existe.

13. ¿Qué tipo de libros te producen antipatía?

Los que intentan explicarte el mundo como si fuera una receta de cocina. También los que vienen con comentarios de otros autores diciendo cosas como «el mejor libro del año», «el mejor secreto de su generación» o «imprescindible». Es como ponerle una advertencia de «riesgo cardiovascular» a un plato de comida.

AGUSTÍN GUAMBO (Quito, Ecuador, 1985). Magíster en Antropología por FLACSO. Dirige el proyecto anarkoeditorial Murcielagario Kartonera y el Festival Internacional de Poesía de Quito Kanibal Urbano. Ha publicado *Popeye's Sea* (2014), *Ceniza de rinoceronte* (2015), *Primavera nuclear andina* (2017), *Cuando fuimos punks* (2019) y *Nuclear Andean Spring* (2019). Obtuvo el II Premio Hispanoamericano de poesía Bonifaz Nuño (2014) y el Ugly Duckling Press «Poetry in Translation» (junto con el artista visual y editor Carlos Moreno, 2018).

Libros y lecturas

Karla Gasca

1. ¿Qué representa para ti un libro?

La posibilidad de accionar ese mecanismo de palabras e imágenes que opera en nuestra mente de forma misteriosa. La posibilidad de dialogar con la autora o el autor más allá de la muerte.

2. ¿Qué autores jugaron un papel fundamental en el desarrollo de tu vocación?

Narraciones extraordinarias, de Edgar Allan Poe, y *La metamorfosis*, de Kafka, me marcaron en la adolescencia. Sin embargo, lo que jugó un papel fundamental en el desarrollo de mi vocación fue un taller de escritura creativa al que acudí religiosamente todos los sábados por la mañana, desde los 16 hasta los 18 años.

3. ¿Qué te han regalado los libros?

Acompañamiento, reflexión, regocijo.

4. ¿Cómo te fuiste introduciendo en el mundo de la lectura?

Por Jaime, el bibliotecario de la escuela, y por mis padres, que compraban libros, aunque rara vez los leían. Creo importante que los niños estén rodeados de libros, porque eventualmente abrirán alguno por mera curiosidad.

5. ¿Qué libro que leíste en tu infancia sigue rondando en tu cabeza?

El primer libro del que tengo memoria es *La peor señora del mundo*, de Francisco Hinojosa; tendría unos seis años cuando lo leí. Poco después mi mamá me leyó *Mujercitas*, de Louisa May Alcott. Luego me obsesioné con *Sherlock Holmes*, de Arthur Conan Doyle.

6. ¿Realizas lecturas unitarias de autores —para captar su espíritu— o lees una novela de uno y otra de otro?

Generalmente leo una novela de uno y otra de otro, aunque casi no leo novelas. La última serie de novelas (lectura unitaria) que leí fue la saga napolitana de Elena Ferrante: *La amiga estupenda*, *Un mal nombre*, *Las deudas del cuerpo* y *La niña perdida*. Me encantaron.

7. ¿Qué libros están presentes en los tuyos?

Quizá todos los que he leído, hasta los que ya no logro recordar.

8. ¿Qué libros has releído?

El de *Poesía no completa*, de Wisława Szymborska, es el que más releo.

9. ¿De cuántos libros está compuesta tu biblioteca y qué podemos encontrar en ella?

La verdad no tengo idea. No son muchos, porque mi cuarto es pequeño. He vendido varios en momentos de crisis y otros los he regalado. Me gusta regalar libros que me impresionan. Creo que lo que más preservó son libros de cuento y de poesía. También tengo una pequeña colección de autoras latinoamericanas y una que otra novela gráfica.

10. ¿Cuál es el libro que te ha impresionado más y por qué?
 Probablemente *El talento de Mr. Ripley*, de Patricia Highsmith, por la construcción del personaje principal.

11. ¿Qué significa para ti publicar un libro?
 Significa autoafirmarme como escritora. También ha sido un gran estímulo para mejorar mi escritura, para superarme.

12. ¿Con qué autores te nutres actualmente?
 Estoy leyendo cuentos de John Cheever. Un libro que se llama *La geometría del amor*. «El nadador» es uno de mis cuentos favoritos.

13. ¿Qué tipo de libros te producen antipatía?
 Todos los que tocan el tema de la maternidad sólo porque está de moda. Los que ofrecen consejos para hacerte millonario. Los libros de *influencers* y *booktubers*.

KARLA GASCA (León, México, 1988). Es autora del libro de relatos breves *Turismo de casas imposibles* (Los Otros Libros, 2023), publicado en España bajo el sello Ediciones Liliputienses, y del libro de crónicas urbanas y relatos *Nemi. Historias de una ciudad* (Aridandante/Instituto Cultural de León, 2024). Fue becaria del PECDA Guanajuato 2022 en la categoría Jóvenes Creadores dentro de la disciplina de crónica. Ese mismo año ganó el primer lugar en el tercer certamen de cuento corto de la Casa de la Cultura Efrén Hernández. En 2023 obtuvo el apoyo Impulso a la Producción y Desarrollo Artístico y Cultural del ICL en la categoría de Literatura.



Descarga los libros de la colección *En Marte aparece tu cabeza* en grafografxs.uaemex.mx



GARCÍA • SOHULI • ESCALANTE • NAKAZONE • GAIO • GARNICA
GASCA • SUQUILANDA • VENEGAS • PICENO • GUAMBO • MURO

